

EL PRIMER CASO DE LA INSPECTORA OLIVIA WOLF

ASESINATO EN LA ACADEMIA



RICCARDO
BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

Asesinato en la Academia

El Primer Caso de laInspectora Wolf

First published by EDITORIAL ESCRITOR TOKENIZADO 2024

Copyright © 2024 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2410049704476

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy

Find out more at reedsy.com



En memoria de Cesare Lombroso.

El hombre ha nacido bueno, es la
sociedad la que lo corrompe.

Cesare Lombroso

Lo que los lectores dicen sobre Riccardo Braccaioli:

“★★★★★ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

“★★★★★ Esta súper bien, no puedes dejar de leer, te lleva con la intriga hasta el último momento, muy recomendable.”

“★★★★★ Es de los libros que mantienen la atención y las ganas de seguir leyendo. Ahora estoy esperando para leer el siguiente libro de la saga.”

“★★★★★ No puedes dejar de leer, te atrapa desde la primera línea. Enorme. Espero continuar con toda la serie en breve.

“★★★★★ Soy seguidora de este escritor y me gustan sus obras, pero en esta se ha superado, desde la primera página he estado enganchada con un ritmo trepidante y sobre todo inesperado.”

“★★★★★ Lo empecé a leer sin mucha expectativa, pero conforme iba pasando por sus páginas te vas encaminando a una historia que termina por volarte la cabeza, no sabes en qué momento pasaron tantos acontecimientos, lo recomiendo.”

“★★★★★ No hubiese pensado nunca en cómo acaba siendo todo....
Me ha encantado, no he podido parar de leer hasta terminarlo.”

“★★★★★ Lenguaje sencillo, directo, fácil de comprender.

He pasado dos semanas leyendo los 6 libros de Alex Cortés y he disfrutado muchísimo de la trama y la historia de cada personaje.”

Entre su obra destaca:

Serie Bruno Malatesta

[La Muerte del Mentor \(Gratis en este link\)](#)

[Asesinato en el Rally Costa Brava](#)

[El Plan Mónaco](#)

[Los Secretos del Coleccionista](#)

[Malatesta Contra Malatesta](#)

[El Secuestro Ferrari](#)

[Festival de Muerte](#)

[Última Salida](#)

Serie Álex Cortés

[El Sastre del Diablo \(Gratis en este link\)](#)

[El Hedor de la Verdad](#)

[Asesino a Bordo](#)

[El Diablo Nunca Duerme](#)

[Cuando Barcelona Perdió la Cordura](#)

[El Vampiro de Barcelona](#)

[El Último Criptograma](#)

[Un Cadáver en Llamas](#)

[Los Secretos del Pantano](#)

BIBLIOGRAFÍA

SERIE

ÁLEX CORTÉS

0. EL SASTRE DEL DIABLO
1. EL HEDOR DE LA VERDAD
2. ASESINO A BORDO
3. EL DIABLO NUNCA DUERME
4. CUANDO BARCELONA PERDIÓ LA CORDURA
5. EL VAMPIRO DE BARCELONA
6. EL ÚLTIMO CRIPTOGRAMA
7. UN CADÁVER EN LLAMAS
8. EL SECRETO DEL PANTANO

SERIE

BRUNO MALATESTA

0. LA MUERTE DEL MENTOR
1. ASESINATO EN EL RALLY COSTA BRAVA
2. EL PLAN MÓNACO
3. LOS SECRETOS DEL COLECCIONISTA
4. MALATESTA VS MALATESTA
5. EL SECUESTRO FERRARI
6. FESTIVAL DE MUERTE
7. ÚLTIMA SALIDA

SERIE

GILDO FALCONE

1. MUERTE EN ROMA
2. MUERTE ENTRE VIÑEDOS

SERIE

EL FORENSE

1. EL FORENSE
2. LOS MUERTOS TAMBIÉN
DISPARAN

kindleunlimited
amazon

JB[®]
RICCARDO
BACCUSIOLI

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

REGALO EXCLUSIVO:

Al final de este libro te regalaré la primera novela de mi saga Álex Cortés, ***El Sastre del Diablo***,
El primer thriller del inspector de la policía investigativa, ambientado en Barcelona.

...Y alguna sorpresa más.

Además, ¿quieres saber más sobre mi proceso creativo, qué me inspira o qué hago en mi día a día como escritor?

Te dejaré el link a **mi Podcast** realizado con Pablo Poveda.

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad, con nombres de personas o enfermedades, es una pura coincidencia.

Bienvenido al Universo Akeron

Este no es un lugar donde estar cómodos.

Akeron es una ciudad en la que nadie viviría por placer, pero muchos necesitan quedarse aquí. Es como una silla de madera con espinas en medio del desierto: si te sientas, es por necesidad.

Tú estás invitado, pero ten cuidado, porque este lugar te atrapará por su misterio y violencia; por sus adversidades y retos.

Aquí la justicia a duras penas consigue prevalecer sobre el mal y la corrupción. No será un recorrido fácil, pero seguramente será emocionante.

De modo que te invito a entrar en Akeron City, pero recuerda que, una vez que cruces el umbral, no serás la misma persona.

1

Akeron.

Academia Lombroso.

Cuando Olivia y Valentino encontraron el cadáver, se dieron cuenta de que esa fiesta se acababa de convertir en la más trágica de la Academia Lombroso.

Los cadetes solían celebrar los finales de trimestre con eventos privados por las habitaciones de la residencia y música hasta altas horas de la noche en los comedores.

Era una tradición para desinhibirse después de muchos días de estudio, pruebas y tensión.

En esas fiestas, que en ciertas ocasiones rozaban el desenfreno, música, alcohol y sexo, se pasaban de la raya numerosas veces. Sin embargo, nunca en la historia de la academia había sucedido nada parecido como en esa noche. No tanto por el posible exceso de diversión, sino por la paradoja de encontrar un muerto en la mismísima cuna de la futura policía.

—¡Está muerta! —dijo Olivia, asombrada después de poner los dedos en el cuello y mirar aterrorizada a Valentino.

Este se acercó y le colocó su reloj delante de la boca. El cristal no se empañó. La compañera tenía razón, la chica había muerto.

Valentino se pasó una mano por la cara.

—¡Hace unos minutos estaba abajo con nosotros! ¿Cómo puede estar muerta? —preguntó él con tono de desesperación.

—No tengo ni idea, estaba contigo, ¿cómo quieres que lo sepa? —espetó la chica.

Valentino se fue hacia la puerta y miró el pasillo. La música, que provenía de la sala común, seguía altísima. Los compañeros cadetes salían y entraban por las estancias sin ser conscientes de lo que había pasado.

Se paraban en el pasillo y charlaban, bebían los combinados que sujetaban y reían.

En el umbral, Valentino no supo entender si alguien de los que representaban esa fauna festiva sería el asesino de la joven compañera.

Podía haber sido cualquiera. Podía estar fingiendo y dar la impresión de ser uno de la fiesta o, simplemente, disimular bailando en medio de ese pasillo que por una noche se transformaba en un escenario.

Valentino volvió a entrar en la habitación.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó él.

—¿Cómo que qué hacemos? Tenemos que pedir auxilio. ¿No te parece? —respondió ella, segura y contundente.

Se levantó ante la consternación del compañero.

El cuerpo sin vida de la cadete de policía se encontraba boca arriba. Tendida en la alfombra al lado de la cama.

Cuando Olivia volvió a mirar a la chica, le saltaron las lágrimas. Valentino no tardó en acercarse y abrazarla. La besó en la mejilla y la apretó en un abrazo amoroso. Este se extendió y cuando la iba a soltar, Olivia se adelantó.

—Espera —dijo casi susurrando.

Al soltarse, se agachó, algo le había llamado la atención.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Déjalo, no lo toques. No contaminemos más la escena.

A ella le dio igual. Sacó un pañuelo del bolsillo y abrió con cuidado los dedos de la chica. En su interior había un objeto inquietante: una figurita.

La cogió con el pañuelo. Al levantarla, se dio cuenta de lo que podía ser: un caballo tallado en madera. Brillante, negro, casi espantoso.

«¿Por qué tenía eso en la mano la compañera antes de morir?», pensó ella.

—Olivia, no podemos modificar este escenario.

—Me da igual.

—Tenemos que llamar a la policía.

Olivia alzó la mirada hacia Valentino.

—Nosotros somos la policía.

Él puso los ojos en blanco.

—No, tú aún no lo eres y yo estudio para detective privado. Como nos pillen con eso sustraído de la escena del crimen, nos echan de este chiringuito por interferir en una investigación. ¿Te das cuenta?

—Me da igual, han matado a una amiga y esto no es un detalle, es el quid de la cuestión. Pienso resolverlo —dijo ella, guardándose la figurita—. ¿Piensas ayudarme?

Valentino la miró fijamente. Olivia no era solo era la cadete más atractiva y guapa de la promoción, era una amiga, y por mucho que él lo intentaba, nunca conseguía que la relación cruzase esa línea. Decirle que no, aparte de los inconvenientes legales, era perder ese puesto de privilegio que tenía: ser el cadete más cercano a la chica más guapa de la academia.

Bufó y se encogió de hombros.

—Bien, ahora llama a la policía —dijo ella, indicando el teléfono de la habitación con la barbilla.

Él obedeció. Descolgó el teléfono y marcó el número de la policía de Akeron City.

Esperó un par de tonos y una voz respondió.

—Policía de Akeron City, ¿en qué puedo ayudarle?

—Soy un cadete de la Lombroso, hemos encontrado un cadáver en la habitación doscientos treinta y cuatro del edificio cuatro.

—¿Puede repetir eso? —pregunto la voz femenina, algo asombrada.

Él lo repitió.

Hubo unos segundos de perplejidad en su voz, pero enseguida le dio instrucciones para comprobar si estaba de verdad muerta o era una falsa alarma, un coma etílico, por ejemplo.

Valentino insistió.

—Lo hemos comprobado. ¡Maldita sea, está jodidamente muerta!

—Enviamos una patrulla ahora mismo. Mientras, avisad a vuestros instructores y a dirección. No perdáis tiempo —ordenó la mujer, y colgó.

Valentino colgó el auricular.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Olivia.

—Que tenemos que avisar a la dirección de Lombroso.

—Claro, ¿llamas tú o yo?

—Ya llamo yo —respondió él, y cuando fue a llamar, Olivia apretó el teléfono, impidiéndole descolgarlo.

—¿Qué pasa?

—Espera, necesitamos tiempo.

—¿Para qué?

—Mira la habitación, aquí falta una cosa.

2

La habitación de la muchacha parecía en orden a pesar de haber un cadáver en el suelo.

Olivia, aparte de ser una hermosa mujer de ojos claros y de largo pelo rubio, tenía un ojo analítico y casi infalible. Su capacidad metódica y su espíritu crítico la habían llevado a tener las segundas mejores notas de la promoción.

Lo que la arrastraba a no ser la mejor era su irreverencia y su falta de ceñirse a las normas. Olivia tenía un defecto que irritaba bastante a los profesores: era una rebelde.

Las leyes injustas eran su debilidad.

Eso se aplicaba a todo en su vida, un potro desbocado que, bien enfocado, podía llevarla a ser la mejor de su promoción e incluso de toda la academia. Pero aún faltaba mucho para conseguirlo.

El chico colgó el teléfono.

—¿Qué has visto?

—¿No ves que falte nada?

Valentino estiró hacia atrás los hombros y se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué falta?

—Ayer entré en la habitación de Lina y estaba trabajando en su ordenador. Siempre estaba estudiando con ese trasto. Le encantaba y siempre lo dejaba aquí —dijo Olivia, indicando el escritorio.

—Ya, ¿y qué pasa? —respondió el—. Lo habrá dejado en algún otro lugar.

—No, ella nunca se separaba de él —insistió, y con el pañuelo fue abriendo cajones e inspeccionando también los armarios, concluyendo—: ¿Ves?, falta su ordenador.

—¿Crees...?

—Sí. Le robaron el ordenador aparte de matarla.

Valentino se pasó la mano por la cara.

—A ver, Olivia, qué pasa, ¿querían el ordenador de una cadete y se lo robaron? ¿En serio crees que alguien mata por un simple portátil?

Olivia arrugó el ceño.

—Qué poco has pisado la calle. Hay tíos que matan por un cigarrillo en Akeron, pero no hablo de eso, hablo de algo más —dijo, y sacó el otro pañuelo con el que había envuelto la figurita—. Y esto tiene que ver.

En ese momento entró en la habitación una chica. Al ver la imagen de la compañera tendida en el suelo y con una bala en el pecho, comenzó a gritar.

El vaso de tubo de cristal que llevaba en la mano explotó en mil pedazos al tocar el suelo.

A los segundos, apareció otra chica, y otra, y otra. Los curiosos aparecieron por todos lados, mirando al cadáver y a los dos cadetes.

Olivia susurró algo al oído del futuro detective. Él asintió y se fue hacia la puerta.

—Venga, fuera. Amigos, no hay nada que ver —dijo con los brazos extendidos y empujando a los compañeros al pasillo. Cuando consiguió sacarlos a todos, cerró la puerta.

Entonces, Olivia se lanzó al escritorio. Sabía que tenía poco tiempo antes de que viniera algún profesor o directamente la policía.

A Valentino le costó mantener la puerta cerrada. Los compañeros, vencidos por el morbo de ver un cadáver en su propia casa y de curiosear sobre lo que había pasado, empujaban e intentaban abrirla de nuevo.

Pasaron escasos minutos cuando la sirena de un coche rompió la noche festiva. Una patrulla de policía entró en el jardín y aparcó en la entrada del edificio cuatro de la Academia Lombroso.

Bajaron dos agentes en una noche que olía a fiesta y a césped cortado. El cielo estaba despejado y salpicado de estrellas.

Los dos agentes irrumpieron y siguieron las indicaciones por los muros hasta el pasillo. Los curiosos y los otros alumnos creaban un tapón que impedía que accedieran a la habitación. De repente, en medio de las instrucciones de apartarse, la ensordecedora música se detuvo.

—¡Apartaos! —gritó un agente—. ¡Fuera, fuera, dejad pasar!

Valentino puso una mano en el pecho al agente que apartaba con arrogancia a los estudiantes.

—Espere, yo los he llamado. Encontramos a nuestra compañera muerta.

—¿Aquí dentro?

—Sí, la habitación doscientos treinta y cuatro —insistió el cadete para ganar tiempo mientras daba unos golpecitos con los dedos a la madera de la puerta, como señal para la chica que estaba dentro.

—Muy bien, apártese.

—¿Están seguros? —dijo con tono de memo.

El agente lo empujó a un lado y entraron en la habitación. Olivia estaba arrodillada al lado de la amiga Lina. Sosteniéndole la misma mano que había guardado la figurita de madera. Levantó la vista hacia los agentes, sus ojos estaban brillantes por la emoción.

—Apártese, señorita —dijo el primer agente—. Ya nos ocupamos nosotros.

Olivia obedeció y se apartó.

El primer agente no perdió tiempo y puso dos dedos en la carótida.

A los pocos segundos, se giró hacia el otro agente.

Negó con la cabeza.

—Nada que hacer. Está muerta.

—OK, chicos, fuera de aquí —ordenó el segundo mientras el otro llamaba a la central para informar—. Todos fuera menos vosotros dos —indicó a Olivia y a Valentino—. Vosotros nos tenéis que explicar muchas cosas, quedaos aquí.

Olivia levantó una ceja, ese interrogatorio era obvio, pero ella ya estaba deseando irse, porque entre la figurita y lo que había descubierto en esa habitación ya tenía más que material suficiente para llevar a cabo su propia investigación.

3

La Academia Lombroso se tiñó de luces azules y rojas, además de sangre.

Allí nunca se había producido un asesinato ni una muerte accidental a pesar de la rivalidad entre las tres disciplinas, los inspectores de policía, los detectives privados certificados y los forenses. Nunca se había producido una defunción, ni siquiera por accidente.

El campus de la academia, formado por varios edificios de ladrillo visto al estilo de principios del siglo pasado, estaba revuelto. La música había concluido y todos estaban en la calle contemplando los vehículos de la policía, que habían invadido las zonas comunitarias ajardinadas.

La fiesta de ese trimestre había acabado mal.

—Por favor, señorita Wolf, vuelva a explicarme qué pasó —pidió el inspector Caruso.

Ella suspiró mientras cerraba los ojos.

—Pero ya lo hemos repetido tres veces —insistió Valentino.

—No estoy hablando con usted —respondió, contundente, el policía, arqueando las cejas y molesto, seguramente por haberlo sacado de la cama en medio de la noche—. ¡Cállese, usted ya ha hablado!

Ella suspiró.

—De acuerdo, hemos entrado a buscar a nuestra amiga y nos encontramos con... —dijo Olivia mientras indicaba el cadáver ya cubierto por una sábana blanca.

Y siguió hablando y reconstruyendo toda la escena, paso a paso. En su mente ya había borrado el objeto de madera, que conservaba en el bolsillo del pantalón.

—Nada más.

El inspector gruñó.

—Hay algo que no me convence... —dijo con tono inquisidor—. Si me ha explicado que ella no era una de esas cadetes que salía de su habitación para irse de fiesta, ¿por qué entró? Podía estar durmiendo.

—Estaba la luz encendida, inspector —añadió el aspirante a detective.

El policía lo miró de reojo, sin darle el crédito que otra persona sí le hubiera dado. Levantó una ceja y miró a Olivia, la aspirante a inspectora de policía.

—¿Me lo confirma?

Ella asintió.

No era un secreto la rivalidad entre detectives e inspectores en esa oscura ciudad. La policía no confiaba en los detectives. No se los consideraba merecedores de ninguna placa. La carrera de detective era más fácil. Según ellos, eran más livianos los exámenes y las pruebas físicas de acceso y de admisión. De segunda división. Estaba mal visto en el trabajo que un policía tuviera afinidad con un detective. Y si la afinidad era sentimental, eso ya era una etiqueta que costaba quitarse de la piel, como la marca a los becerros, que, antes de salir al pasto, ya venían sellados de los establos.

Olivia y Valentino no eran pareja, solo amigos. Aunque él aspiraba a algo que solo se estaba produciendo en sus sueños. A pesar de eso, él era persistente como un martillo neumático.

—Es así. Pasamos por aquí, vimos la luz encendida y decidimos entrar. Llamamos a la puerta y después de varios intentos sin respuesta... —dijo ella, y se giró hacia el compañero—, decidimos entrar.

Valentino asintió.

El inspector gruñó otra vez.

En ese momento entró un agente.

—¿Inspector?

—¿Qué pasa?

—Están los forenses.

Caruso miró el reloj.

—Hazlos pasar —contestó—. Con ustedes dos no he acabado. No quiero que se vayan muy lejos, necesitaré hablar con ambos más adelante. ¿Está claro?

Los dos asintieron.

—Vayan a descansar y si recuerdan algo más, aquí tienen mi tarjeta —dijo, y, por supuesto, se la dio a la chica.

Ella la cogió y salió de la habitación, detrás se fue Valentino. Este le hizo el saludo militar y luego intentó darle la mano al inspector, pero este solo arrugó el ceño y le indicó la salida con la barbilla.

Justo al salir los dos cadetes, entró la policía científica.

Recorrieron el pasillo acordonado. Al cruzar la cinta policial, vigilada por un agente, una avalancha de estudiantes les preguntó qué había sucedido y qué sabían.

Estaban los compañeros de clase de Lina y algún cadete más.

Tuvieron que contestar muchas preguntas, tantas que, al final, Olivia ya no sabía diferenciar cuales eran las que se ceñían a una deformación profesional en saber detalles del caso o era puro morbo macabro.

Cuando ya no podía más, cogió de un brazo a Valentino y se fueron. Se refugiaron en la habitación de Olivia en la tercera planta del mismo edificio.

Valentino se sentó en la cama.

Olivia comprobó que la puerta estuviera bien cerrada. Apagó la luz y Valentino subió una ceja.

—No te hagas ilusiones —espetó, apuntándole con el dedo índice.

Luego se acercó al escritorio y apartó la cortina. El jardín del campus seguía lleno de coches de la policía. Los estudiantes de otros edificios que habían participado en la fiesta regresaban a sus alojamientos. Volvió a echar la cortina.

—¿Qué has descubierto?

—Algo muy raro, Valentino —respondió, y se sentó a su lado en la cama.

Luego sacó un móvil y buscó en el navegador una palabra «Equites Serpentarii».

—¿Qué demonios es esto? —preguntó él.

Ella no dijo nada. En el navegador no apareció nada en concreto con esas dos palabras. Solo una cita en latín.

—¿Olivia, qué demonios es?

Ella se giró, se colocó detrás de las orejas el pelo y lo miró. Fue a hablar, pero luego se lo repensó.

Los ojos del compañero estaban ligeramente cerrados. Quien no lo conociera habría dicho que estaba cansado, pero ella lo conocía bien, esa mirada era amorosa.

Al fin y al cabo, Valentino era considerado por las compañeras de Olivia en la academia como el más atractivo y misterioso de los alumnos. Moreno, alto, con un físico dedicado al gimnasio y con una mirada profunda. Todo casi perfecto menos una cosa: era detective.

—Esto lo he encontrado en los apuntes de Lina. Se repetía en muchos escritos. Decía de una tal «Org Equites Serpentarii» y no sé qué.

—¿Cómo que no sé qué? ¿Qué más decía? —preguntó él—. ¿Y no has hecho fotos?

Ella retrocedió la cabeza con un gesto de asombro.

—¡No! ¿Tú crees que yo estaba para hacer fotos?

—No sé, solo preguntaba. Qué quieres que te diga..., preguntaba, nada más. Ahora esos apuntes estarán en manos del inspector Caruso. Solo eso.

—Lo sé, pero eran muchas hojas escritas a mano con anotaciones casi indecifrables. Quien ha matado a Lina no los consideró importantes y los dejó.

—Ya, pero el ordenador se lo llevó —dijo, y se calló de repente.

Olivia se sacó el pañuelo que tenía en el pantalón con la figurita envuelta que había sacado de la mano del cadáver.

Fue a abrirlo, pero luego se quedó quieta. Tomó un respiro antes de desenvolver el objeto.

Miró a Valentino y este asintió.

Entonces dejó al descubierto la figurita.

Era un caballo tallado y pulido. Negro como esa noche de fiesta tintada de sangre.

Él fue a cogerlo y ella se lo impidió.

—Las huellas, es que eres tozudo como un burro —reprochó ella.

Él puso los ojos en blanco.

Luego ella se levantó y cogió un guante de látex de un pequeño botiquín que tenía en un armario.

Cuando lo tuvo en la mano, lo comenzó a inspeccionar.

La forma no daba a errores, era un caballo. Una estructura cilíndrica con una cabeza de animal que sobresalía del cuerpo estilizado.

—Parece una pieza de ajedrez, Olivia.

—Me temo de sí —dijo mientras lo observaba por todos sus lados.

—¿Lo temes? ¿Por qué?

—Porque si así fuera, eso sería un problema.

El aspirante a detective sacudió la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque entonces estaríamos delante de un problema más grande de lo que creemos.

—No te sigo.

Ella suspiró.

—Porque puede que sea un mensaje y los mensajes solo los dejan los asesinos que quieren decir algo y que no han acabado con su labor.

—Quiere decir...

Ella asintió.

—Puede ser...

—¿Quiere decir que este tío no ha acabado de matar a todos los que tiene que matar?

—O quiere decir que, si ha matado, puede volver a matar. Esa figurita es una advertencia sobre algo que ha hecho nuestra amiga Lina.

—Caray, ¿cómo sabes eso?

—Profesor Endermeyer, de Criminología.

—Ni idea.

—Claro, porque tú estudias otra cosa, no Criminología.

—Creo que esta noche me quedaré contigo —afirmó, convencido, Valentino—. Si hay un asesino por ahí fuera, entonces dormiré contigo, por si las moscas.

Ella puso los ojos en blanco.

—Buen intento, Valentino. Pero soy capaz de defenderme perfectamente —replicó, y siguió mirando el caballo de madera—. Espera, aquí hay algo.

Afinó la vista en la figurita y se quedó pensativa.

—Necesito una lupa —afirmó, y se sentó en el escritorio.

Valentino se levantó y le pasó una.

—¿Y esto?

—Siempre llevo una encima, un buen detective siempre lleva una lupa encima.

Ella se quedó perpleja, no sabía eso sobre el compañero.

La cogió y enfocó la base del caballo. En ella había un símbolo grabado.

—Esto es aún más raro.

—¿Cómo dices? ¿Qué hay?

Ella no dijo nada, se apartó y dejó que pudiera verlo.

Cuando terminó de estudiarlo, él levantó la cabeza.

—Yo no sé mucho de símbolos, pero ese no me convence para nada.

4

Olivia tampoco era una experta en simbología, pero lo que sintió era que se trataba de algo oscuro y retorcido.

Valentino se sentó en la cama de nuevo, pero esta vez más cerca del escritorio.

—¿Qué es esa serpiente enroscada en una cruz?

Ella no respondió enseguida. Se acomodó el pelo rubio detrás de la oreja.

—No es una cruz, es un cáliz.

—¿Un cáliz? —preguntó, sorprendido.

—Mira mejor.

Él lo hizo y asintió.

—Es verdad, es un cáliz. ¿Qué demonios es esto?

—Creo que es el símbolo farmacéutico, creo.

—¿Crees?

—Oye, no estoy especializada en simbología. ¿Qué te crees? Creo que esto deberíamos enseñárselo a alguien —sugirió ella—. Mañana preguntaremos al profesor de Simbología.

—Me parece bien.

—Y luego iremos a ver al tutor de Lina a preguntarle algo...

—¿Qué tienes en mente?

—Pues que, quizá, era algo que estaba investigando para algún tema relacionado con la tesis de final de curso —espetó ella.

—Buena idea. ¿Puede que tuviera una copia de seguridad en la nube o en el cajón?

—Si es en la nube, antes de tener una autorización, la policía tardará meses. Y si estaba en la mesa o en una mochila, el asesino o la policía misma lo encontrarán —afirmó, sacudiendo la cabeza—. No creo que podamos acceder a eso. Solo tenemos estos pocos indicios, ya veremos hasta dónde conseguimos llegar con ellos.

—De acuerdo, mañana hablamos con el tutor —dijo Valentino a menos de un palmo del rostro de la compañera.

—Creo que necesitamos dormir...

Él tragó saliva.

—¿No crees que sería más sensato que me quedara aquí contigo?

—Gracias, Valentino, pero, mira, lo que tenía que suceder ya sucedió. Ahora, con toda la poli que hay, este edificio es más seguro que Fort Knox.

Él asintió.

—Claro —dijo, y se acercó un poco más—. Yo lo digo por ti.

A Olivia le llegó el aroma del perfume del chico. Cuando se acercó a darle un beso de buenas noches, lo abrazó. Se quedaron así un largo rato, los dos con los ojos cerrados.

—Ha sido horrible verla —dijo ella con un tono desconsolado.

—Sí, desde luego. Si tienes pesadillas, tardo un minuto en venir.

—Gracias —murmuró, y se separaron.

Los profundos ojos oscuros del chico la miraron, casi hipnotizándola. No supo si fue el alcohol, que ya estaba más que digerido, o la adrenalina de esa noche fruto del miedo lo que hizo que se acercara de nuevo al compañero.

Ella le dio un beso en la mejilla y a los pocos segundos él se lo devolvió, pero apoyándole las comisuras de los labios sobre los suyos.

Olivia tuvo un escalofrío. Una corriente de alto voltaje la recorrió. Los labios del chico eran más dulces de lo que había imaginado. No deseaba un amor ni una distracción en ese momento de la vida, pero las leyes del amor viajan en carriles diferentes al sentido común.

Sus labios eran suaves y carnosos. Le gustó pero la asustó. Se separó y abrió los ojos.

Obviamente, no era la primera vez que besaba, ni mucho menos, pero Valentino acababa de cruzar la línea de la amistad. Lo que más la aterraba era que eso le había gustado.

—Bueno, buenas noches, Valen —dijo mientras se levantaba de la silla del escritorio.

Él hizo lo mismo y se dirigió a la puerta.

—Ciérrate dentro, por favor —pidió, señalando la puerta.

Ella sonrió mientras asentía.

* * *

A la mañana siguiente, la Academia Lombroso se despertó tarde y con resaca, no tanto por la fiesta de los cadetes, sino por la invasión de policías y la investigación que se estaba llevando a cabo.

Las patrullas seguían en el mismo lugar. La cinta policial la habían ampliado alrededor de todo el edificio donde se había encontrado el cadáver. Un agente permitía pasar a los alumnos previa identificación.

Olivia se duchó y bajó con el uniforme.

Se había perdido la primera y la segunda hora de clase, y eso era muy poco habitual en ella.

Salió por la puerta del edificio número cuatro del campus, cruzó la cinta y fue hacia el sector donde estaban los pabellones de las clases.

Se detuvo en una cafetería a coger un batido verde detox. Un vaso transparente con una textura cremosa de un verde radioactivo, casi fosforito. Valentino lo llamaba «el despierta muertos», por ser tan repugnante que te despertaba por el asco. Aunque era un comentario muy propio del detective, Olivia lo consideraba muy necesario para compensar una resaca como la que estaba sufriendo.

En los rostros de la gente que se cruzaba se podía leer la noticia de la muerte de una cadete. El ambiente se cortaba con un cuchillo y la tensión electrizante se podía palpar. Lo veía, lo sentía. Se olía miedo mezclado con el olor del césped cortado y las flores primaverales que los aspersores levantaban.

Llegó al edificio dos de la Academia Lombroso. Valentino estaba en la puerta esperándola. Sus ojeras eran parecidas a las de la chica.

—Buenos días —saludó él sonriendo y dudando si abrazarla esa mañana.

—Hola, Valentino. ¿Has averiguado si el tutor está en clase?

—Acaba de finalizar una clase, está en su despacho.

—Perfecto, no perdamos ni un minuto.

Los dos entraron por la alta puerta del edificio de ladrillo visto.

En cuanto pusieron el pie dentro, Valentino la agarró de un brazo y tiró de ella hacia un lado del enorme vestíbulo.

—¿Qué te pasa?

—Escúchame, Olivia, ¿estás segura? —preguntó con un tono más preocupado de lo normal.

—¿De qué hablas?

—Ayer cometimos un error.

—¿A qué te refieres?

Valentino se pasó una mano por la cara.

—Sí, cuando te quedaste la figurita de madera. ¡Maldita sea, Olivia, eso es obstrucción a una investigación!

Ella dibujó una mueca con la boca y apartó la vista. Por un momento, pareció dudar, sentirse mal por lo que había hecho.

—Lo he pensado. Podemos decir al inspector que nos equivocamos, que estábamos bajo los efectos del alcohol. Son menos años de cárcel por interferir en las investigaciones.

—No vamos a interferir, solo investigaremos paralelamente, Valentino.

—Eso es tomarte la ley por tu propia cuenta. No es lo que estudiamos aquí dentro.

—Psss, baja la voz, por favor, o nos descubrirán —advirtió ella, arrugando el ceño e intensificando la mirada—. Si no quieres participar... —dijo, mirando la puerta—, ahí está la salida, y yo me encargaré.

Al concluir la frase, Olivia reanudó su marcha hacia el despacho del tutor.

Valentino meneó la cabeza y la siguió.

—No me puedo creer que esté siguiéndote. Me da que por esta sí que nos expulsarán.

—Tranquilo, detective, a lo mejor te gusta y todo.

Valentino suspiró ya a su lado.

Subieron un piso por las anchas escaleras de ladrillo y mármol pulido. Siguieron las flechas en los muros mientras se iban cruzando con otros cadetes que salían de clase.

Llamaron a la puerta y esperaron a que les concedieran permiso para entrar.

Junto a ella había una placa que ponía: «Técnicas Avanzadas de Interrogatorio - Prof. Markus Schmidt».

Valentino giró la manivela.

El despacho era del tamaño de un contenedor marítimo, estrecho y largo. En un lado, estanterías de madera maciza llenas de libros y plantas verdes que rompían con la suntuosidad del suelo de madera oscuro. En el fondo, el hombre no estaba en el sillón, sino en una silla del escritorio.

—Adelante, chicos —saludó a los dos.

—Sentimos molestarle, profesor, pero queríamos preguntarle algo.

El hombre les hizo un gesto para que se acercaran y cruzaron el largo despacho.

Olivia lo vio enseguida; el rostro grisáceo del hombre y una caja de pañuelos en la mesa no daba lugar a malos entendidos.

—Siéntate, Olivia —dijo el hombre, indicando la otra silla del escritorio.

Ella se sentó frente a él y Valentino se quedó al lado de ella, de pie.

—¿Cómo está, profesor Schmidt ?

—Pues mal, no voy a mentirte —respondió con una falsa sonrisa.

—Ya, todos estamos así —coincidió sonriendo y cogiéndole la mano.

—Era la mejor alumna de vuestra clase —sonrió con nostalgia—. Excepto tú, claro.

—No, ella era claramente la mejor —respondió ella.

—No me puedo creer que alguien haya hecho algo así.

—Nosotros tampoco.

—Me han dicho que encontrasteis vosotros el cadáver, ¿es verdad?

Ella asintió.

Él se mordió un labio.

—No, no me lo creo.

—Profesor, necesitamos preguntarle algo.

—Dime, querida.

Ella suspiró y se remojó los labios.

—Lina estaba preparando una tesis de final de curso, ¿verdad?

Él asintió y luego, mirándola, arrugó el ceño.

—No.

—Creo que sí.

—No me lo creo. La Academia Lombroso es una familia y estamos aquí para formar gente que mejore el mundo, buena gente. No quiero pensar que alguien de nosotros lo haya hecho. No me lo creo, no.

Olivia pensó por un momento.

—Creemos que sí, el problema, profesor, es que tiene que pensar, desde mi humilde opinión, que, a pesar de estar en esta academia, lo que ocurre es que no dejamos de estar en Akeron City.

—No, nosotros seleccionamos a las personas que entran aquí.

Ella encogió los hombros y miró a Valentino.

—Profesor Markus, ¿sobre qué estaba haciendo el proyecto de final de curso Lina?

El hombre lo pensó un momento. Markus apoyó el codo en el escritorio y, sujetándose la cabeza, contestó.

—Lina... La consideraba la alumna más inteligente, pero la más paranoica. Tenía unas teorías conspiranoicas sobre todo, sobre la ciudad, sobre el petróleo, sobre el agua, sobre la

religión...

—Y sobre esta academia.

Él encogió los hombros.

—Profesor Schmidt, ¿le habló de una organización de nombre Equites Serpentarii?

El hombre se incorporó de inmediato.

—Olivia, ¿con cuántas personas has hablado de esto?

El sonido de esas dos palabras resultó ser un timbre de alarma para el profesor Schmidt.

Equites Serpentarii.

Olivia vio cómo el miedo y la incertidumbre se apoderaron de los ojos del profesor, dejando de lado el desconsuelo.

—¿Lo conoce, profesor?

El hombre lo repitió.

—Olivia, ¿con cuántas personas has hablado de esto?

Entonces, la cadete se giró hacia Valentino y este arrugó el ceño mientras tragaba saliva.

—A nadie, usted es el primero.

—¿¡Seguro!?! —exclamó, apuntándolos con un dedo.

—Sí, profesor, usted es el primero.

—Dejad de preguntar por ahí. Informaré al director de lo que estaba investigando Lina, lo haré personalmente.

—Espere, ¿pero no nos puede decir qué sabe...?

—Leyendas urbanas. Tonterías. Pero esto no puede salir de aquí, o podemos difundir el pánico entre los alumnos sin sentido.

—Bueno, profesor, algo de sentido tiene, porque si no, Lina estaría entre nosotros aún.

—Id a clase y como si nada. Yo me encargo. Seguro que ha sido un accidente.

—¿Accidente? No ha sido un accidente, profesor. Lina recibió un disparo en el pecho. Y por lo silencioso que fue, tenía un silenciador.

—Imposible, os habréis equivocado, en la Academia Lombroso no se permite introducir pistolas ni armas. Ya lo sabéis, se registran las mochilas con detectores de metal.

—Lo sabemos bien, pero las evidencias son las que son, no nos las inventamos.

El profesor se levantó.

—Profesor, ¿a Lina la mataron por investigar esta organización? Con usted lo hablaba, ¿verdad?

—Nuestra reunión se ha acabado, chicos, tengo que hacer cosas muy importantes.

Olivia se levantó.

—Profesor, solo necesitamos saber si el trabajo de final de curso era sobre eso.

—Venga, fuera de mi despacho —dijo él, empujándola de un brazo casi haciéndola derramar el líquido verde.

—Ayer le robaron el ordenador.

Él se detuvo por un segundo, pero luego siguió empujándolos fuera.

—¿Conoce un símbolo de un serpiente enroscada en un cáliz? ¿O un caballo?

El hombre, mientras ella le hablaba, los había echado hasta la entrada. Luego habló desde la puerta.

—Será mejor que no habléis de esto con nadie o tendréis problemas. Hablaré con el director —dijo mientras se colocaba el índice delante de la boca—. Venga, a estudiar —concluyó, y cerró la puerta frente a las narices de los cadetes.

El pasillo estaba vacío. No tenía ninguna ventana que lo iluminara, solo pocas luces encima de ellos sin dejar ver el final, que se perdía por la oscuridad. Al otro lado, una puerta de salida a las escaleras metálicas con una luz verde mostraba el camino por donde habían venido.

—¡Vaya! ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Valentino.

—Nada, tenemos que hacer lo que dice el profesor Schmidt, él sabe lo que tenemos que hacer —dijo ella, y miró su reloj—. Me toca Manejo y Análisis de Evidencia, si me apresuro, no llegaré tarde. Vamos —confirmó, y caminó hacia las escaleras.

Cuando llevaban unos escalones, se detuvo.

—¡Qué haces! ¿Lo dejas? Después de eso... —espetó, señalando el despacho del profesor.

—No, claro que no. Pero seguro que nos estaría escuchando del otro lado de la puerta —susurró la chica, y reanudó la marcha.

—¿Adónde vamos ahora?

—A ver a la profesora de Simbología en Investigación Criminal, Antonella Adler —dijo ya al final de la escalera.

De vuelta al vestíbulo, salieron del edificio y entraron en el contiguo. El campus era como una gran urbanización, un viejo complejo industrial reutilizado y convertido en un centro para mejorar la sociedad.

El edificio contiguo era el tres. Igual a todos los demás: fachada de ladrillos, ventanas alargadas con marcos de hierro forjado de color negro, cadetes entrando y saliendo, trajín, prisas, ganas de estudiar y crecer. Pero no esa mañana. Las expresiones eran de preocupación, distantes. Algunos cadetes reconocían a Olivia y a Valentino y les preguntaban. En las redes sociales ya eran conocidos como «los que habían encontrado el cadáver».

Cruzaron el vestíbulo y buscaron en el mapa del edificio el despacho de la profesora.

Poco después, tocaban a su puerta.

Esperaron un rato.

—Está dando clases.

—Pues esperaremos —dijo Olivia, mientras que del otro lado del pasillo se escuchaba una voz.

—¿Esperaréis qué? —preguntó una voz femenina.

Los dos se giraron y desde las escaleras vieron aparecer la figura de la profesora.

Olivia arrugó el ceño y escuchó cómo el compañero tragaba saliva.

—La estábamos esperando, profesora —contestó Olivia.

Ella no dijo nada y fue caminando hasta estar delante de los dos cadetes. Se detuvo y los miró perpleja de arriba abajo.

—¿Qué hace una aspirante a inspectora y un aspirante a... detective en mi puerta? —ladró la profesora.

Olivia suspiró.

—Necesitábamos hablar con usted.

Ella arrugó el ceño y la estudió a través de unas gafas de sol redondas con una montura parecida a un alambre de hierro.

—¿Y bien?

Olivia se mojó los labios y se colocó un mechón rubio y rebelde por detrás de las orejas.

—Verá, necesitamos preguntarle sobre un símbolo.

La profesora miró a su alrededor.

—Pues creo que habéis encontrado a la persona adecuada —espetó—. ¿Qué queréis, cadetes? No me hagáis perder el tiempo.

—Por favor, ¿podemos entrar? —suplicó Olivia.

La profesora bufó y se giró hacia la puerta.

Dejó un bolso enorme, de una marca parisina con letras estampadas, lleno de papeles en el suelo y abrió la puerta del despacho que llevaba su nombre.

Los hizo entrar.

—Cerrad la puerta —ordenó, y se giró—. A ver, ¿qué es tan urgente?

Olivia le enseñó un papel. La mujer lo cogió con un cierto escepticismo. Se lo acercó y de repente arrugó el ceño.

—¿Dónde lo habéis encontrado? —gritó con los ojos salidos como si fuera un vampiro o, peor aún, como un psicópata.

Olivia tragó saliva y se arrepintió de haber entrado en ese despacho. Quizá hubiera sido una mejor idea haberlo buscado en la biblioteca.

—Eso da igual —respondió sin saber de dónde había encontrado esa fuerza para hacerlo.

—¿¡Dónde lo habéis encontrado!?

Los dos se quedaron inmóviles delante de esa inesperada versión de la profesora.

Los dos se quedaron mudos.

—A ver, me imagino que lo tenía la chica esa que ha muerto, ¿verdad? —espetó de nuevo.

—¿Importa dónde estaba?

La mujer se quedó observando a Olivia. Sus ojos eran cuchillos que la apuntaban. Luego se dio la vuelta, caminó hasta su mesa, alargada y de cristal, y se sentó en el sillón de piel.

—Sois la sensación del campus. Habéis encontrado a vuestra pobre compañera muerta anoche. Está claro que lo habéis encontrado allí —respondió, pedante—. Ahora os explico cuatro cosas... —continuó mientras mostraba las palmas de las manos hacia los dos visitantes.

6

La profesora Antonella Adler impartía desde hacía años, entre otras asignaturas, la de Simbología en Investigación Criminal. Solo impartía clases a aspirantes a forenses y a inspectores de policía. Nunca a detectives, los consideraba no merecedores de sus conocimientos. Esta fue la condición más intransigente que puso a la hora de que el director de la Lombroso la fichase. Y así fue.

Era esnob, de origen francés y perfume avainillado con toques de jazmín.

Olivia, cuando la tuvo delante y en su despacho, se dio cuenta de que un profesor, a distancias cortas, era muy diferente desde lo lejos de una clase o peor, en un anfiteatro en una clase masiva.

La profesora, de ojos pequeños verde claro, tenía una mata de pelo rojizo y voluminoso, como una reina de la sabana.

Olivia no se podía imaginar si Antonella, en el caso de que hubiese nacido como animal, hubiese sido una leona, pero desde luego no habría sido una gacela o una cebra.

—¡Sentaos! —ordenó sin miramientos.

Los dos cadetes obedecieron.

—¿Dónde habéis encontrado ese símbolo?

Olivia se la quedó mirando cabizbaja.

—¿Entonces?

La muchacha respiró hondo, sin ser consciente de lo que le podía suceder después de decir la verdad.

Se tomó tiempo para pensar, para ver qué decir. Tenía delante una decisión importante, una bifurcación. No tanto en decir la verdad o no, en decir realmente dónde había visto ese símbolo, sino en crecer, en ser una cadete, en una aspirante a inspectora, y ella estaba convencida de que lo era. Lo era igual que su padre, la principal motivación por la que estaba en ese campus: seguir el mismo camino que su pobre padre. Si Olivia se hubiese cortado las venas encima del escritorio

de la profesora, se habría visto que por ellas fluía pasión por la justicia, por la policía, por la verdad.

La profesora pestañeaba en silencio, esperando la respuesta de la cadete. La expresión que no pudo contener Antonella era que se estaba muriendo de curiosidad por saber dónde lo habían encontrado.

Valentino miraba a la profesora y a Olivia como un espectador de un pulso invisible entre dos titanes femeninos.

—De acuerdo, se lo diré, confío en usted —se rindió Olivia.

Valentino arrugó el ceño y la profesora sonrió con los ojos, enseñando unas microarrugas enmascaradas por miles de tratamientos y kilos de bótox.

—Este símbolo lo vimos en el ordenador de Lina.

La molesta sonrisa de la profesora desapareció y, acto seguido, bajó las manos.

—¿Cómo dices?

—Nos lo enseñó cuando nos explicaba sobre una organización secreta en esta maldita ciudad...

—¿Qué más sabes, jovencita?

—*Quid pro quo* —replicó despacio la cadete con suma autoridad, y esas palabras sonaron a muro de goma que acababa de detener un tren de mercancías de nombre Antonella—. ¿Qué significa el símbolo, profesora? —acabó.

A la mujer se le ensanchaban las narices a cada respiración. Se asentó en el sillón. Valentino miraba a Olivia con una expresión de misericordia, como si acabara de activar el proceso de la autodestrucción.

—Una serpiente es el símbolo de la fuerza, del poder, de la victoria. Desde la Grecia Antigua se usaba como ornamento de poder. Los templarios lo usaban enroscada en una cruz.

—¿Los templarios? ¿No era una cruz roja?

—Eso es lo que te han querido vender las películas y los libros más populares, la verdad es otra. La serpiente es mucho más de lo que crees..., jovencita.

—¿Y el cáliz?

—¿Dónde encontró Lina el símbolo?

—No me lo dijo. Solo lo estaba estudiando. Nos dijo que hablaba con gente que le había pasado un papel con una invitación y no sé qué más.

—¿Una invitación?

—¿Y el cáliz?

La profesora bufó.

—Representa el veneno.

—¿El veneno? ¿De la serpiente?

—No, el veneno y la cura. Todo es cuestión de proporciones, aprendiz de inspectora —espetó Antonella.

—La farmacia... —intervino Valentino, y la profesora se giró hacia él como si de repente hubiera aparecido en la habitación y en la conversación.

Olivia se giró hacia el compañero.

—Sí —replicó Valentino hacia Olivia—. La farmacia, el símbolo de la farmacia. ¿Cómo no lo he entendido antes? Es una cruz verde, pero dentro hay una forma de un cáliz y una serpiente enroscada. Representa la fuerza del veneno y de la cura. ¡Claro! Tenemos que ir a la farmacia del campus —exclamó, y enseguida se dio cuenta de que había hablado demasiado y se tapó la boca con las dos manos.

La profesora se rio.

—Ahora entendéis por qué los detectives sois de segunda división y no quiero tener nada que ver con vosotros —dijo, y su cara se encogió como si le hubiera llegado un aroma a estiércol fresco de vaca.

Olivia se mordió los labios hacia dentro y luego miró a la profesora.

—Bueno, creo que nos tenemos que ir.

—¡Siéntate! —gritó—. No te vas a ninguna parte. ¿Qué más te dijo Lina?

—¡Vámonos, Olivia! —espetó Valentino, y salió a paso rápido hacia la salida.

Abrió la puerta y esperó a que Olivia se levantara para salir como un cohete, mientras que la profesora se levantaba.

—Quietos o aviso al director del campus.

Olivia sintió una soga invisible que le tiró del cuello.

Se detuvo y en el umbral se giró.

—Llame a quien quiera, profesora Adler —espetó, y cruzó la puerta—. Nosotros nos vamos. Valentino hizo lo mismo y cerró tras él.

Los dos cadetes corrieron por el pasillo y escaleras abajo. Cruzaron el vestíbulo y salieron.

—¿Seguro que quieres seguir con esto, Olivia?

Ella siguió caminando y se sentó en un banco en medio de la zona ajardinada que estaba en frente del edificio del campus.

—Tenemos que seguir —dijo jadeando—. Por Lina.

—Pero ya está la poli con ello.

Ella negó con la cabeza.

—¿Pero no ves que te estás echando encima a todos tus profesores? A mí me da igual, porque no son quienes tienen que evaluarme para que apruebe este año. Pero a ti sí.

—No, Valentino, hay algo más en todo esto y tenemos que descubrirlo. La poli no tenía un vínculo con Lina. La poli no vive aquí, no sabe qué pasa ni va a saberlo —dijo, respirando profundamente.

Valentino se dio la vuelta y miró a su alrededor. Los alumnos se giraban al verlos cuchicheando, como si los reconocieran mientras caminaban.

—De esta manera nos echarán a los dos —continuó, pasándose las manos por la cara—. A mí y a ti. Por esa maldita figurita con forma de caballo.

—Sssshhhh —gritó la compañera mientras salía una chica del edificio—. ¿Quieres callar? ¿Cómo se te ocurre decir que teníamos que ir a la farmacia?

—No lo sé, me salió. ¿Qué quieres que te diga? Se me escapó, Olivia, perdóname —confesó, y se sentó a su lado observándola casi con ojos de besugo, y continuó—. ¿Me perdonas?

Ella bufó, pero luego se giró hacia él.

—No tengo nada que perdonarte, tonto.

Entonces Valentino sonrió y miró sus labios. Se quedaron unos segundos en silencio y cuando él avanzó con la cabeza unos centímetros en dirección a su boca, ella se levantó con la agilidad de una anguila.

—Solo nos queda una cosa, ir a la farmacia —dijo ella, indicando la dirección—. Siempre y cuando la profesora no haya hecho algo que me puedo imaginar.

La farmacia del campus.

Un establecimiento que nunca estaba cerrado de día. Todos los alumnos, cadetes y profesores acudían para comprar medicamentos, objetos varios y parafarmacia. Aunque el producto más vendido era el paracetamol, para la resaca, el siguiente eran los preservativos de la máquina expendedora, esa sí, abierta veinticuatro horas al día.

Cuando llegaron los dos cadetes, se encontraron, por primera vez en todos los años que estaban en el campus, con el establecimiento cerrado.

Necesitaron unos segundos para entender por qué estaba cerrado. Valentino incluso fue hasta la puerta y miró por el cristal.

—En teoría debería estar abierto —afirmó, señalando el horario.

Olivia se ajustó el pelo y miró a su alrededor.

—No me lo puedo creer.

—¿Qué? —dijo Valentino, bajando los tres escalones que separaban la entrada de la calle.

—Lo ha cerrado ella.

—No, imposible.

—Seguro.

—¿Para qué?

—No tengo ni idea, Valentino. Ven —respondió, y siguió el recorrido del perímetro del pequeño edificio.

A diferencia de los demás inmuebles, ese estaba construido recientemente. Los ladrillos nuevos no tenían nada que ver con los edificios con solera y envejecidos por el efecto de las masivas lluvias otoñales y del sol.

—Todo cerrado —confirmó ella, y apretó el timbre que usaban los repartidores, en la trastienda, para ver si los empleados estaban en el almacén.

—¿Qué necesidad tenían de cerrar?

—No, Valentino, la pregunta no es esta...

Él arrugó el ceño.

—¿Y cuál es entonces?

—Qué poder tiene la profesora de Simbología en Investigación Criminal, Antonella Adler, sobre la farmacia y el campus —afirmó, y levantó las cejas.

—¿Pero qué demonios puede tener aquí esta gente?

Ella se encogió de hombros mientras se daba cuenta de que una cámara de vigilancia los estaba grabando.

Entonces se dio la vuelta y la indicó sin que se entendiera. Valentino lo pilló y asintió.

—Vamos a comer. Ya hemos pasado bastante rato investigando hoy. ¿No te parece?

Ella bufó.

La farmacia se encontraba a unos veinte minutos a pie hasta el comedor del campus.

Cogieron la vía directa, una calle central que cruzaba el campus dividiéndolo en dos. Pasaba por un pequeño parque, por calles donde carritos de golf eléctricos circulaban con profesores o personal de mantenimiento. A los laterales, entre las vías asfaltadas y los jardines, había anchos arcones por donde se movían los peatones.

—Tengo mucha hambre.

—Valentino, tú siempre tienes hambre.

—Bueno, es que no he desayunado —respondió mientras caminaban hacia el comedor.

—Que desayunes o no, tú siempre tienes hambre, ¿te has hecho alguna prueba por si tienes la solitaria?

Él bufó.

—¿Qué solitaria, ¿qué dices? Eso es una tontería. Yo no tengo la solitaria, yo estoy creciendo.

Ella se rio.

—¿Por qué te ríes?

—Nada, me hace gracia, a veces hablar contigo es como hablar con un adolescente.

—Pues no, ya soy un hombre. Y te lo demostraría... —afirmó, levantando una ceja.

Ella, sonriendo, se giró y le dio un empujón.

—¿Qué?

—Eres patético.

—Qué dices... —bromeó mientras se arreglaba el cuello de la camisa—. Oye, ¿no crees que por hoy ya hemos investigado bastante? Estamos a final del curso y sería mejor ir a clases por la

tarde.

Ella se quedó callada.

Caminaron un rato más hasta girar por una paralela. Al fondo, después de unos setos de rosas rojas siempre cuidados y aspersores que rigurosamente regaban todas las zonas ajardinadas, se podía ver el edificio donde estaba, entre otras instalaciones, el comedor.

—Bueno, creo que tienes razón. ¿Qué tienes tú por la tarde? —preguntó ella.

Valentino sonrió.

—Yo tengo Operaciones Encubiertas con David Mancini y Psicología del Engaño con Nina Petrova. ¿Y tú?

—Yo tengo Tácticas de Vigilancia y Seguimiento y luego la más pesada de la semana, Prevención y Detección de Fraudes con una sustituta —respondió ella.

Él se la quedó mirando por unos instantes.

—¿Sabes? Me encantan tus asignaturas. Si hubiera sabido que te tendría a ti de compañera, habría cogido la rama de inspector de policía.

Ella se rio.

—¿Qué dices! Si a ti el oficio de detective te viene que ni pintado...

—¿Por qué dices esto?

—Algún día te lo explicaré, mi querido amigo.

Él levantó las cejas y la apuntó con el dedo.

—Has dicho querido, ¡has dicho querido!

—Sí, pero iba acompañado por la palabra amigo. Valentino, no te hagas ilusiones —acabó riendo.

Entraron en el edificio y se pusieron en la cola del comedor. Al verlos entrar, todos quisieron preguntar por Lina y por lo sucedido. Enseguida, los chistes y las risas del trayecto se esfumaron con las preguntas y los recuerdos de la noche anterior.

La cola pasó lenta y, al cabo de un cuarto de hora de espera, los dos cadetes cogieron una bandeja y pidieron lo que querían comer.

El *self service* de la Lombroso era famoso por su buena comida.

En cuanto la vio la responsable del comedor, María Kinto, la saludó.

—Qué tal, María, ¿cómo estás?

—Bien, Olivia, ¿tienes hambre hoy?

—Un poco.

—Bueno, mira, hoy tienes que comer solo la lasaña de verduras y flan de huevo. Ni se te ocurra oler el pescado, ¿de acuerdo?

Olivia asintió y le mandó un beso al aire. Cogió un panecillo de leche, de los que a ella le encantaban. Lo agarró, lo partió y le metió la nariz en medio para oler el perfume de recién cocido.

Luego siguió por el carril, cogió un plato de lasaña, un postre y una manzana.

Esperó a que Valentino cogiera su comida y juntos fueron a sentarse en una punta de una mesa que estaba vacía.

El comedor era una sala alargada con un aforo de trescientos alumnos y una mesa alargada al fondo, la de los profesores.

El ambiente olía a pan caliente y a tomate. El murmullo de los alumnos dominaba el sonido ambiente.

En cuanto se sentaron, Valentino sacó los cubiertos de la bolsa de plástico y comenzó a comer.

—¿En serio te comerás todo eso? —preguntó, alucinada, Olivia.

—Claro. Y si te dejas un trozo de lasaña, no lo tires —dijo ya con un primer mordisco en la boca.

No le dio tiempo de comer a la aspirante a inspectora, ya que a su lado y al lado de Valentino se sentaron unos compañeros del mismo piso del edificio donde se alojaban Lina y Olivia.

—¿Es verdad que encontrasteis vosotros el cadáver? —preguntó John, que estaba al lado de Olivia, con un tono morboso—. ¿Cómo estaba el cadáver? ¿Hiciste fotos, Valentino?

—¡Qué más te da, John! —espetó Olivia—. ¿En serio? ¿Con lo grande que es el comedor, tienes que sentarte justo aquí?

—¿No te gusta mi nuevo perfume, Olivia? ¿Te gustaría venir un día a ver mi habitación? Te enseñaría mi colección de libros sobre criminología y, ya que estaríamos, algo más... —dijo el chico con retintín.

Valentino apretó el puño con fuerza y estuvo claramente a punto de saltar y darle un guantazo si no hubiera sido por una patadita de Olivia debajo de la mesa.

—Venga, venga, chicos, explicad cómo ha sido, ¡que estamos estudiando esto! ¿Habéis hecho una foto? —insistió la chica que se había sentado al lado de Valentino—. Explicad, explicad.

—Valentino, ¿nos vamos?

—Sí, es mejor.

Entonces Olivia se levantó y John la agarró del brazo. Ella se desligó del chico con un movimiento lateral.

—Queridos alumnos y alumnas. —Se escuchó del otro lado de la sala al director de la Lombroso, subido en un atril con micrófono.

De repente, el ruido se bajó hasta casi desaparecer, para dejar paso a una voz ronca y profunda que estaba llamando la atención de todos los comensales.

Olivia se giró hacia Valentino y se volvieron a sentar en la mesa al lado de John y de la otra chica.

—Hoy os tengo que hablar de un hecho terrible. Como algunos sabréis, anoche hubo un suceso que ha conmovido los cimientos de esta escuela: la muerte de un cadete. Esto ha sido una herida en nuestra sociedad y en nuestra historia. La cadete Lina Spenser murió de forma aún por concretar. La policía de Akeron City está investigando y os invito a colaborar con ella por si sabéis cualquier cosa. Si vivís en el mismo edificio o pasillo que Lina, seguramente, ya os han interrogado o lo harán en breve. Os invito a colaborar con el mismo espíritu que quisierais que lo hicieran vuestros testigos el día que seáis investigadores de policía, detectives o forenses —dijo el director, y se tomó un momento.

Olivia, mientras que hablaba el director, iba mirando a los profesores sentados a su lado, girados hacia al alumnado, como en una vieja película casposa de los años de oro de Hollywood. Entre ellos estaba Antonella. Esta la estaba mirando con una expresión casi intimidatoria, sombría, oscura.

Olivia se preguntó qué hacía una mujer tan enigmática en ese centro, y enseñando justicia y leyes.

—Os recuerdo, por si no lo sabéis, que el funeral se realizará en nuestra capilla durante este fin de semana. Acudirán los padres de Lina. Aún no sabemos el día, así que estad atentos a lo que os vayamos diciendo. Por otro lado, recordaros que mañana por la noche, mientras se sirva la cena, habrá una conferencia a cargo de la profesora Antonella Adler —anunció el director mientras la señalaba con la mano y ella asentía—. Nada más, comed y seguid con las clases de esta tarde. Que aproveche, cadetes —concluyó, y se fue a sentarse al centro de la mesa.

—¿Cómo puede ser que esa tía siga allí con lo rara que es? —susurró Olivia a Valentino.

—¿Qué chismorreas, Wolf? —preguntó la chica que estaba al lado de Valentino.

Olivia miró de reojo a la compañera.

—Nada, nada —respondió, y comenzó a comer.

—Que sepas que la invitación a mi habitación siempre estará vigente para ti —susurró John a Olivia mientras le ponía la mano encima de la pierna.

Ella, por instinto, se echó hacia un lado, apartándose de ese individuo que nunca había soportado y que ese día volvía a confirmar esa sensación.

—¿Quieres dejarla, John? —gruñó Valentino.

—¿Quieres dejarla, John? —replicó el mismo John con voz de niño, tomándole el pelo—. Olivia, no sabía que tenías guardaespaldas. ¿Es tu guardaespaldas? ¿O es tu novio? —dijo, y se giró hacia ella—. ¿Olivia?

Olivia no contestó.

El detective levantó la mirada de su lasaña y vio cómo las manos de su amiga adquirían un tono rojizo que avanzaba hacia su cara. La chica primero se rascó las manos, pero poco después su rostro se fue hinchando como si alguien por detrás le estuviera inyectando aire a presión como un globo de feria.

Sus labios se hincharon y solo pudo decir seis escasas y sutiles letras de auxilio:

—Valentino...

Luego, el cuello comenzó también a hincharse obstruyendo toda vía y el aire dejó de pasar por la laringe.

Se agarró el cuello con las manos, entre los pulgares y los índices. Boqueaba en un desesperado afán de que entrara aire o que saliera.

Los párpados, inflamados, se cerraron. Eso nunca lo había vivido, no tan fuerte. Estaba claro, estaba sufriendo un ataque anafiláctico.

El aire se acabó y el mundo se apagó.

8

No se dio cuenta del tiempo que pasaba ni de cuántas vueltas dio el universo en su ausencia, pero cuando abrió los ojos y la conciencia se volvió a conectar, no sabía si había pasado un día, un año o un siglo.

Cuando recobró el conocimiento, tuvo una sola sensación: que había muerto y que se encontraba en otro mundo.

De repente, apareció una mujer de blanco; movía los labios en un áurea blanca.

Olivia pestañeó.

Todo era blanco, pero no era el cielo, era una habitación clara y entraba luz por un lado.

Cuando la mujer, de la que no escuchaba sus palabras, se apartó, dejó ver a alguien que confirmó que eso no era el cielo porque tuvo la convicción de que Valentino no se habría matado solo para seguirla.

El compañero le acarició la mejilla. Sus ojos, entrecerrados, brillaban y sonreían. Le dio un beso en la frente. Estaba feliz de verla.

Ella también se alegró de verlo, más que otras veces.

Necesitó un rato más para que los sentidos acústicos se activaran mientras Valentino se sentaba a su lado.

—¿Cómo estás?

—¿Dónde estamos?

—En el hospital del distrito norte de Akeron.

Ella cerró los ojos e intentó incorporarse.

—Tranquila, quédate quieta.

—Uf, qué dolor de cabeza, parece que tengo una resaca de vodka de garrafón —refunfuñó, tocándose la cabeza.

—¿Cómo estás?

—No sé... —dijo, y se miró—. Me explota la cabeza. ¿Qué ha pasado? —insistió, mirando los tubos que salían de su cuerpo y los aparatos que monitorizaban sus constantes vitales.

—Has sufrido un ataque anafiláctico.

—Ah, sí..., es verdad, ahora recuerdo. Me sentía sin aire...

—Pues ha sido fulminante, unos segundos más y estarías en el otro barrio.

Ella se miró las manos y se tocó la cara.

—Sentí que me ahogaba, pero más rápido que hace unos años, no sé qué me pasó.

—La verdad es que cuando te vi así, entendí que estabas teniendo uno de tus ataques y corrí a la responsable de cocina. Ella tiene un botiquín. Me dio una jeringuilla de epinefrina y te la inyecté. Fue todo tan rápido que no sé ni cómo llegamos a tiempo. Luego llamamos a una ambulancia, pero ya estabas mejor.

Ella movió la cabeza.

—¿Cómo tenía María esa jeringuilla?

—Porque cuando le dijiste que eras alérgica a los cacahuetes, no solo hizo siempre alternativas de menú para ti, sin trazas de frutos secos, sino que se procuró una de esas jeringuillas que llevas siempre contigo cuando vamos fuera del campus.

Olivia sonrió.

—Gracias.

Él hizo un ademán.

—Nada, seguro que hubieras hecho lo mismo por mí...

La chica sonreía, pero no dijo nada.

—Porque... habrías hecho lo mismo por mí, ¿verdad?

—Claro, Valentino —respondió, acariciándole el rostro, pero de repente su sonrisa se apagó y un pensamiento cruzó por su cabeza—. Espera, si María había hecho esa lasaña de verduras por mí, ¿cómo puede ser que tuviera cacahuetes?

El chico negó.

—No lo sabemos. Me lo dijo veinte veces, sin exagerarte, Olivia, veinte veces, no paraba de preguntárselo, se hizo responsable. No sé...

—¿Qué?

—Esa mujer te tiene mucho cariño.

Ella rio.

—Pero hay algo que no me cuadra.

—¿Qué?

—Esa reacción fue demasiado rápida, Valentino, normalmente, si un alimento tiene trazas y un cocinero se ha despistado, lo que me ha pasado se habría diluido en varios minutos. Me hubiera dado tiempo de avisarte, pero en este caso fue fulminante.

El chico no dijo nada, solo asintió. Luego suspiró y se levantó. Se fue a la nevera de la habitación del hospital y la abrió.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Es un túper de aluminio con tu lasaña dentro. Si podemos analizarla, sabrás qué demonios te ha pasado.

Olivia se incorporó de repente en la cama.

—Eres un genio.

Valentino cerró la puerta de la nevera y se acercó a la chica con un paso amortiguado.

—Lo sé, me alegro de que por fin te hayas dado cuenta... —respondió, sacando pecho.

—Y un poco idiota, Valentino. Pero me gusta tu lado infantil. Bueno, mejor dicho, tu inmenso lado muy infantil —afirmó la chica—. No, es verdad, es una genialidad. Tenemos la lasaña y la figurita en forma de caballo.

—¿Y?

—Y nos vamos a la morgue de la policía, necesitamos que nos saquen unas pruebas.

9

Valentino arrugó el ceño. En la habitación del hospital se había creado un silencio enigmático.

La chica lo miraba como si hubiera dicho la mejor idea de su vida. Pero él no lo acababa de entender o, mejor dicho, no acababa de entender cómo tenía intención de realizar ese plan.

—¿Qué dices? —respondió, meneando la cabeza—. Es verdad, el cacahuete te sienta fatal.

—¡No! Es genial, Valentino. Solo tenemos que ir allí y que nos lo analicen.

El chico se rio a carcajadas.

—Claro, y de paso entramos en la casa del alcalde de Akeron, le pedimos un pronóstico para las próximas elecciones y le llevamos un nuevo plan urbanístico mejorado para una nueva circulación de los coches en la ciudad... —afirmó sin saber bien lo que estaba inventando para intentar hacerle entender lo disparatado que era su plan.

—Te equivocas. Simplemente, tenemos que salir de aquí e ir allí. Luego me encargo yo —dijo, levantándose y, al hacerlo, se mareó un poco y se volvió a sentar en la cama.

En ese momento, entró una doctora de nuevo.

—Bueno, aquí tenemos a alguien que ya está mejor.

—No, la chica no está bien. Se marea al levantarse, señora —afirmó Valentino, buscando un poco de sensatez en la mujer.

—Bien, bien. ¿Cómo te sientes? —preguntó a Olivia.

—Bien, bastante bien.

—Fantástico, porque necesito la habitación. Puedes cambiarte y te espero en la recepción —afirmó mientras le miraba los ojos, comprobaba las pulsaciones en el monitor y le quitaba la vía intravenosa.

—Pero creo que es muy pronto para darle el alta.

La doctora se giró con el ceño fruncido.

—Oye, chaval, esto no es un hotel de cinco estrellas, tengo cola fuera por cosas más importantes, ¿sabes? —dijo, mirando de soslayo al chico—. Venga, os dejo unos minutos y os

espero fuera.

Olivia levantó las cejas hacia Valentino. Esa expresión quería decir «¿ves?», pero ella no podía decirlo delante de la médica.

Valentino salió de la habitación y la chica se vistió. Cogieron la lasaña de verduras y se fueron del hospital. Tomaron el primer taxi rumbo a la morgue norte de Akeron.

En menos de veinte minutos llegaron a su destino. Habían estado una vez por una visita guiada con la academia. Era un espacio inhóspito y lleno de energía negativa. Olivia, igual que en la otra ocasión, se preguntó cómo podía trabajar allí la gente.

—¿Estás segura? —preguntó Valentino.

Ella asintió y él abrió la puerta.

Entraron.

Olivia recordaba el vestíbulo más pequeño, como cuando uno regresa a la casa de la infancia o la vieja casa de los abuelos en el pueblo, siempre más pequeña que en los recuerdos.

Se acercaron al mostrador.

Un cristal aséptico como ese lugar que olía a lejía separaba a la secretaria de los dos jóvenes visitantes inesperados.

—¿Sí? —preguntó la mujer, mirándolos perpleja por encima de las gafas.

Olivia tosió un par de veces.

—Venimos a hablar con un forense.

La mujer arrugó el ceño, luego se ajustó las gafas.

—¿Quiénes sois?

Los dos cadetes se miraron.

—Valentino de la Selva y Olivia Wolf, dos alumnos de la Lombroso.

Aunque pudiera parecer increíble, esa mujer consiguió arrugar aún más el ceño, enseñando unas profundas arrugas.

—¿Qué hacéis aquí?

—Queremos ver a un forense.

—¿Un forense? —dijo con tono perplejo y algo asombrado.

—Sí. Necesitamos hablar con un forense —insistió la chica, añadiendo un ápice de autoridad en su tono de voz.

—¿Para qué?

—Puuuuuuueeeees... —dijo, alargando la palabra lo que fuera necesario hasta que sus neuronas se inventaran una excusa lo suficientemente creíble, o por lo menos para ella misma—.

Porque tenemos un trabajo de fin de curso y necesitamos hablar con un forense.

La mujer se ajustó las gafas y negó con la cabeza. Luego miró el reloj.

—¿A esta hora?

—¿No va bien a esta hora? ¿Por qué?

—Pues esta noche está trabajando solo uno forense, es un novato y, aunque es el mejor de los nuevos, tiene mucho trabajo.

—Bien, ¡con uno es suficiente! —respondió, convencida.

La mujer resopló.

—He dicho que tiene mucho trabajo —insistió la mujer.

Entonces Valentino dio un paso adelante.

—Le agradeceríamos mucho si nos pudiera ayudar. Sin este trabajo de fin de curso, no podemos acceder a lo que más anhelamos, que es ser profesionales de esto... Le estaríamos eternamente agradecidos —dijo Valentino con un tono como Cary Grant en *North by Northwest* y le guiñó el ojo.

La mujer tragó saliva y se arregló el pelo. Al final, el chico era de buen ver y con las mujeres tenía un cierto encanto que solía funcionar con casi todas; una de esas excepciones era Olivia.

La secretaria levantó el teléfono y explicó lo que sucedía al único forense de guardia de esa noche. Cuando acabó, les indicó un lugar para esperar.

Al cabo de media hora, se presentó un hombre que llevaba una bata blanca, mascarilla y guantes de examen. La secretaria señaló a los dos jóvenes y este se fue hacia ellos.

Se quitó los guantes y la mascarilla y ofreció la mano al chico.

—Buenas noches —dijo, mirando a los ojos a Valentino y luego se giró hacia la chica, que también le estrechó la mano—. Soy el forense Fosco Merrell.

Esas palabras resonaron en la mente de Olivia como un ariete en la puerta de un castillo medieval. La mirada del hombre y el magnetismo que desprendía la cautivaron. Ella se quedó en *shock*.

—¿En qué puedo ayudaros, chicos? —concluyó el forense.

10

Olivia se quedó parpadeando.

Observaba al hombre en bata blanca con asombro.

El forense, moreno y que aparentaba unos pocos años más que ella, llevaba una barba algo desaliñada que le daba un toque muy *sexy*.

—Necesitamos su ayuda... —soltó Valentino con la diplomacia de un Caterpillar.

Olivia tragó saliva.

—Mi amigo quiere decir que necesitaríamos su ayuda por un tema muy importante.

El hombre levantó las cejas.

—Sí, ¿y cuál es?

—Bueno... Verá, ¿podemos entrar y se lo explicamos?

El hombre se encogió de hombros y extendió el brazo en dirección a la misma puerta por la que había aparecido.

Una vez cruzada la puerta, lo siguieron por un pasillo y entraron en una sala.

El hombre se acercó a su escritorio, apagó un viejo tocadiscos de vinilo que emitía ópera italiana y se sentó.

—No quiero ser grosero, pero la secretaria os lo ha dicho; esta tarde estoy solo y tengo mucho trabajo —dijo con educación.

Olivia dio un paso hacia él.

—Escúcheme, venimos de la Academia Lombroso.

—Eso ya lo sé.

—Sí, pero quiero apelar a su conciencia y que entienda que los estudiantes somos impulsivos, pero creo que podemos tener algo importante entre las manos, ¿me entiende?

El hombre asentía con la cabeza.

—¡No! —afirmó, contradiciendo su movimiento de cabeza—. No te sigo...

—Olivia, Olivia Wolf, del curso de inspectores de policía.

—Bien, Olivia, tutéame, por favor —dijo, y ella asintió—. Bien, ¡no entiendo nada! Que tienes algo importante entre manos, confianza, impulsivo. Por favor, imagina que lo estás explicando a un niño de tres años.

Ella suspiró.

—OK, anoche encontramos un cadáver —dijo, y el hombre subió las cejas—. Lina Spenser.

—Ostras, empezad por ahí. Esta mañana le hicimos la autopsia.

—¿La has hecho tú?

—No, el turno de la mañana.

—¿Y qué?

—Es confidencial.

—Lo sabemos, pero la encontramos nosotros y creemos que hay más.

—¿Más?

—Sí, por eso hemos venido. ¿De qué murió?

Él suspiró.

—Bueno, no creo que pase nada si os lo digo. Veréis, vuestra amiga murió de un disparo en el abdomen, hemorragia interna, nada más. Un golpe directo al corazón. El tío sabía dónde apuntaba. Fue a bocajarro, unas pequeñas quemaduras y nada más.

—¿Nada más? —preguntó de nuevo Olivia.

—¿Te parece poco? Lo suficiente para morir, desde luego —dijo, y apuntó a Valentino—. Por cierto, ¿tu amigo no habla?

Olivia lo miró.

—Es detective, bueno, aspirante. Y es un poco tímido.

—Ya. ¿Y qué es lo que es tan importante para que vengáis? Desde luego no es para el proyecto de final de curso...

—Lina estaba trabajando en un proyecto sobre una organización secreta en la Lombroso, la Equites Serpentarii.

Fosco se incorporó de la silla y se sentó en la punta.

—¿La conoces?

—No, pero oí hablar de ello en mis años en el campus, llegué a creer que era una fantasía, una leyenda, como que se dice que hay fantasmas en la rectoría, y un poco donde envían a los que no pasan de curso. Leyendas urbanas.

—Pues te equivocas, Fosco —afirmó, rotundamente sacando de su pantalón el pañuelo que contenía la figurita—. Lina tenía esto entre las manos cuando murió.

Cuando Fosco vio el trozo de madera tallado, arrugó el ceño, pero luego se levantó para verlo mejor.

—Espera, esto no estaba en el atestado de la policía científica. ¿Cómo puede ser?

Los dos cadetes se miraron y Valentino le hizo un gesto que decía: «Venga, explícaselo, que la has liado».

—Se lo quité de las manos antes de llamar a la policía.

Fosco se pasó una mano por la cara.

—Se lo quitamos —añadió Valentino.

—No, fui yo, yo soy la responsable.

—Da igual —atajó Fosco, y se colocó un guante—. Habéis tenido suerte, mucha suerte.

—¿Suerte? —preguntó Olivia.

—Llegáis a venir por la tarde y encontráis a mi jefe, y en este momento estaríais en la comisaría hablando con asuntos internos.

Valentino le dio un golpe de codo a la chica.

El forense se colocó un guante y cogió la figurita.

—Vamos a ver qué tenemos aquí —susurró Fosco, y lo dejó en la mesa de exámenes.

Luego cogió un pincel de contraste, echó el polvo blanco en la figura y lo esparció por toda la superficie.

—Creemos que es un caballo de ajedrez —comentó ella.

—Sí, eso parece —dijo Fosco mientras aplicaba un celo en la figurita y, cuando lo quitó, lo enganchó en hojas especiales donde aparecieron las huellas dactilares—. Aquí las tenemos —afirmó, y las puso en una especie de microscopio.

—¿Qué ves?

—Hay varias huellas, ¿la habéis tocado?

—No. Nosotros procuramos no contaminarlo.

—OK, confrontaré las huellas de la víctima y las enviaremos a la científica para ver si el presunto asesino está en su base de datos —dijo Fosco mientras miraba la figurita en la mesa—. ¿Algo más?

Olivia indicó la base.

—¿Qué hay? —preguntó mientras lo levantaba y descubría el símbolo de la serpiente y el cáliz—. Vaya... Esto se complica.

—Pero es que hay más —aseguró Valentino mientras sacaba un pequeño túper de una bolsa.

—Anda, sigue hablando el detective, ¡qué bien! —dijo Fosco mientras arrugaba el ceño—. ¿Qué es eso?

—Es la lasaña que estaba comiendo Olivia.

—¿Una lasaña?

Entonces ella le explicó todo lo que había sucedido esa misma mañana.

Fosco abrió la caja y vio el alimento, pero dentro había algo más.

—¿Y esto? —preguntó el forense sacando del envoltorio una cucharilla.

Olivia también se giró.

El chico miró a Olivia.

—Después de inyectarte la epinefrina, estuve a tu lado mientras llegaba la ambulancia, pensé en lo que acababa de suceder. Conocemos a María y es muy escrupulosa en la cocina, ¿podía ser un error en la cocina? Podía ser, pero que el día después de morir Lina y que empezáramos a investigar sobre su muerte te pasara esto... —reflexionó mientras la chica le sonreía—. Así que, mientras estabas tumbada, me acordé de haber visto a John pulular por nuestra fiesta. No le di importancia en ese momento, pero cuando vi que justo estaba allí en la mesa, mirándonos, lo deduje.

Olivia abrió los ojos de par en par y se tapó la boca con las manos.

El chico asintió.

—Y solo podía ser una persona quien pusiera cacahuets en tu lasaña. Además, esta vez, como dijiste tú, ha sido rapidísimo. Así que a lo mejor... ya sabes.

—¿Crees que este John la puede haber envenenado y que sea la misma persona que mató a Lina? ¿Un miembro de la Academia Lombroso? —preguntó, asombrado.

—Sí, y una manzana podrida, y un miembro de la organización secreta Equites Serpentarii.

Fosco levantó las cejas.

—¿Y qué tiene que ver la cucharilla?

Valentino bajó ligeramente la cabeza y le salió una sonrisa maliciosa.

—Es su cucharilla.

—¿Crees que aquí tenemos sus huellas? —preguntó Fosco.

—Aquí «están» sus huellas —afirmó, tajante.

Olivia se acercó para darle un beso en la mejilla y él se ruborizó.

—Bueno, creo que apuntas para ser un buen detective, chaval —afirmó Fosco—. Pero un momento, ¡cómo podía saber este tío, John, que eres alérgica al cacahuete?

—Me temo que lo habrá leído en mi ficha de alumno.

—Ya, pero eso no es de dominio público, es una información a la que solo pueden acceder los profesores... —dijo Valentino.

—No me lo puedo creer —se sorprendió Olivia.

—¿Qué? —preguntó Fosco.

—Antonella Adler —afirmó Valentino.

—Puede ser —respondió ella.

—¿Aún está como profesora? ¿No han devuelto al zoo a esa leona? ¿Sigue dando por saco? Entonces los cadetes explicaron a Fosco su visita de esa misma mañana a la profesora.

—Bueno, eso da igual. Os propongo algo —dijo Fosco—. Os vais a casa y mañana os llamo para los resultados; cuando sea y con lo que sea, os digo. ¿Os parece?

Valentino asintió y miró a Olivia, que estaba haciendo justo lo contrario.

—No, esperamos aquí.

—Olivia, no sé a qué hora podré hacer esto. Pero sí que os prometo que mañana por la mañana tendréis los resultados.

Olivia se giró hacia su compañero y se quedaron unos segundos en silencio.

—Fosco, creo que vista la situación en nuestro campus, preferiría dormir aquí, esperar aquí, no sea que...

—Ya, pues venid —comprendió, y les indicó la salida.

El forense los acompañó a una salita para el personal de guardia, donde había un sofá de piel, una mesa, una pequeña cocina con nevera y unas máquinas expendedoras.

Fosco sacó unas mantas y se las dio.

—Podéis dormir aquí, en este sofá. Si tengo los resultados antes, yo os despertaré, ¿os parece? Aquí, desde luego, no será la mejor cama que tendréis, pero estaréis seguros.

—Gracias —pestañeó Olivia al atractivo hombre.

Fosco asintió y se fue.

Los dos cadetes se sentaron en el sofá. Comieron patatas fritas de bolsa y chucherías de cena. Luego se acurrucaron y durmieron juntos, uno apoyado en el otro.

Valentino intentó aguantar el sueño todo lo que pudo para disfrutar del momento que tanto había deseado: dormir con la bella rubia.

Pero al final cayó en los brazos de Morfeo.

Cuando las primeras luces del alba empezaban a entrar por una persiana medio bajada, la puerta de la sala de descanso se abrió. Los dos cadetes se despertaron enseguida.

Fosco apareció en la salita y desde su umbral dijo:

—Tenemos resultados, y os gustarán.

11

Olivia, mientras seguía al forense, que abría paso, se frotaba los ojos.

Le dolía la espalda y levantarse de repente del sofá le había provocado algo de mareo.

Cuando entraron en la sala de las autopsias, el olor a óxido y a muerte era mucho más fuerte de lo que era la noche anterior.

El forense tenía que haber trabajado todas esas horas en las urgencias y en las pistas que habían aportado los dos cadetes.

—Venid —dijo Fosco—. Esto es lo que he descubierto.

Olivia alargó una mano y lo interrumpió.

—¿Son buenas noticias? —preguntó sin acordarse de las primeras palabras del forense.

—Son muy buenas noticias —afirmó—. Las huellas coinciden, es decir, este tal John tiene huellas de la cucharilla y en la figurita de madera. Por supuesto, sin olvidar que las huellas de la víctima también estaban en la figurita, eso era ya obvio, pero lo he comprobado por si acaso. Bien, pero hay más —explicó Fosco, y sacó una hoja de la impresora—. La lasaña tenía un líquido que es un concentrado de cacahuete. Es un líquido transparente, inodoro e insípido. Personalmente, creo que se ha usado la misma fuerza centrífuga que se utiliza para separar de la sangre glóbulos blancos para la regeneración celular. Pero eso está por ver. Lo importante es esto, y aquí viene la sorpresa —confirmó el forense, y se acercó a un lado de la morgue, donde había una pequeña cafetera; se vertió un poco en una tacita de expreso—. ¿Queréis?

Olivia, con cara de asco, dijo que no, en cambio, Valentino sí se acercó.

—¿Cuál es la sorpresa, Fosco? —preguntó Olivia.

—La sorpresa es que en el líquido de concentrado de cacahuets había más... —dijo, y dio un sorbo al brebaje caliente—. Había trazas de Nebulox.

Los dos cadetes se extrañaron.

—¿Qué diablo es Nebulox? —preguntó Valentino.

—Es una droga alucinógena que está en auge en la sociedad.

—¿Una droga? No entiendo —intervino Olivia.

—Mirad, llevo pocos años aquí, pero cada día nos vienen cadáveres con sobredosis de esta droga sintética que hace que reviente el cerebro.

—¿Y estaba en lo que he comido? —espetó Olivia con los ojos salidos y mirando a Valentino.

—Tranquila, la cantidad que has ingerido no haría daño a una hormiga —dijo, y se acercó de nuevo a la mesa—. Pero había trazas, eso quiere decir que estuvo en contacto. Lo bueno es que en el caballo también han aparecido trazas de este producto químico. Así que me temo, chicos, que todo está relacionado —confirmó, y se bebió un trago de café.

El silencio se apoderó del momento.

En sus rostros, los dos cadetes llevaban marcada la huella del agobio.

En cambio, Fosco demostraba estar satisfecho de lo que había descubierto. Esas eran las dos caras de la misma noticia.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Valentino.

—Vosotros, nada, ahora es cuestión de las autoridades.

—No, tenemos que seguir —interrumpió Olivia.

—¿Hola? ¿Os tengo que recordar que sois cadetes? ¿Estáis ya en prácticas?

—No —balbuceó ella.

—Exacto. ¡No! Eso quiere decir que aún estáis estudiando. Así que nada. Ahora os digo yo lo que vais a hacer; dejaréis todo aquí y os volveréis a casita, a vuestras clases finales. Prepararéis un buen trabajo de fin de curso y comenzaréis las prácticas para el próximo año, ¿sí?

Hubo silencio.

El silencio en una morgue es más profundo, más reverencial.

La chica arrugó el ceño, no estaba conforme con lo que acababa de escuchar y, como un volcán en erupción, estaba a punto de estallar.

—¡Pues no! —respondió Olivia con un tono intransigente, mientras que a Fosco se le atragantaba el café.

Tosió por un rato y cuando recuperó la respiración, dejó la taza en la mesa.

—¿Cómo dices?

—Que quiero llegar hasta al fondo. Antes, todo este asunto sobre la muerte de nuestra amiga era algo que no podíamos explicar, pero es que ahora estamos aún más involucrados. Ahora es personal. Esos hijos de perra nos han arrastrado dentro y no podemos dejarlo. Me han

envenenado y querían matarme —dijo mientras negaba con la cabeza—. Esto se les ha ido de las manos.

—Olivia, esto es cosa de las autoridades. Tú aún no lo eres. Tienes que irte, yo me ocuparé de explicarlo y a ver cómo les digo dónde he encontrado el caballo.

—Yo se lo explico y asumiré la responsabilidad.

Fosco bufó.

—Eres más testaruda que una pared de hormigón.

—¿A que sí? —reafirmó Valentino al forense—. Siempre se lo digo, pero nunca lo sabe ver.

—Espera un momento, Fosco, esto no es una broma —dijo Olivia, y miró el reloj—. Has trabajado hasta primera hora de la mañana, eso quiere decir que estás acabando tu turno. Nos podrías acompañar al inspector, a la comisaría, y entre los tres se lo explicaremos —propuso, señalándose tanto a ella como a su compañero—. ¿Qué te parece?

Olivia se sintió observada de una forma extraña, intensa, con respeto, casi con cariño. Algo que nunca supo explicarse, de dónde nacía esa mirada casi felina.

—Entonces, ¿qué me dices?

—Te digo... —suspiró Fosco mientras la seguía mirando intensamente—, que desde que os dejé entrar por esa puerta han comenzado los problemas, jamás hablaré con un cadete de la Lombroso. ¡Jamás! Solo traéis problemas. Un inspector de policía y un detective —gruñó, y se giró, dio un trago al café y dejó la taza—. ¿Cuándo se me ocurrió dejaros pasar? Un inspector y un detective. ¡Con lo bien que trabajo yo aislado del mundo sin problemas y sin hablar con nadie! —siguió susurrando mientras recogía las pruebas—. Cuando alguien entra aquí, nos lo alborota todo. Jamás. Jamás dejaré entrar a ningún vivo aquí, solo muertos. Los muertos no dan problemas, te hablan a su manera, pero poco más.

—¡Fosco! ¿Nos vamos? —preguntó Olivia.

—Que me parta un rayo, creo que estoy cometiendo un segundo error al llevaros a la comisaría.

—¿El segundo? ¿Y el primero?

—Ya te lo he dicho, Olivia, dejaros entrar e inmiscuirme en este tema.

Los dos cadetes esperaron al forense en el vestíbulo. Vieron entrar y salir a policías. Compañeros del forense que entraba de servicio para dar el cambio al turno nocturno. Un baile de camillas de cadáveres en bolsas que comenzaba a primera hora de la mañana.

Se escuchaban muchas cosas de Akeron y Olivia había sufrido en sus propias carnes el coste de vivir en ella. Pero nunca se da uno cuenta de lo violenta que puede llegar a ser la ciudad hasta

que uno se detiene a observar la cantidad de muertos que en pocas horas llegan a la morgue. Si ese edificio era el del distrito norte y era el más civilizado, prolífico y de mejor nivel adquisitivo, no podía imaginarse la morgue del distrito sur.

Akeron City era un lugar difícil y peligroso.

Después de la muerte de su padre, Olivia se había prometido ser un buen inspector de policía para que esa ciudad fuera un poco mejor.

Pero era una tarea mucho más complicada que lo que había idealizado.

Fosco abrió su coche en el aparcamiento.

El Ford Bronco de dos puertas era nuevo, recién salido de fábrica. Su interior tenía el mismo olor de la piel recién estrenada o de un coche de alquiler. Olivia se sentó en los asientos delanteros y Valentino, en los traseros.

Fosco introdujo la llave en el tablero y, antes de accionar la llave, volvió a preguntar.

—Nos vamos a la comisaría, ¿estáis seguros de lo que queréis hacer? El inspector Caruso es muy bueno, pero no es un sabueso fácil.

—Pase lo que pase, vamos —respondió Olivia, haciendo un gesto con la mano hacia el morro del coche.

—Vosotros mismos, yo os lo he advertido —concluyó, y arrancó el potente motor del todoterreno.

Salió del parquin y tomó la carretera principal hacia el centro.

12

El todoterreno recorrió el tráfico de la metrópolis.

Fosco puso música y allí también, igual que en la morgue, sonaba ópera. La radio analógica estaba sintonizada en una emisora de música clásica.

—Caray, Fosco, menudo coche tienes —comentó Valentino—. Los forenses debéis de tener un muy buen sueldo.

Fosco arregló el espejo trasero para verle la cara.

—Este coche lo pagaré durante muchos años. No te creas, ser forense es más pasión que sueldo —afirmó con un tono que rozaba lo molesto por la pregunta.

Poco después aparcó en la comisaría del distrito norte de Akeron City.

Cogieron las pruebas y los documentos de los análisis y entraron. Olivia miraba a su alrededor con aire perdido. Agentes que llevaban a personas maniatadas de un lado al otro mientras clamaban su inocencia. Ciudadanos delante de un cristal denunciando a todo pulmón un robo o una agresión. Teléfonos que no paraban de sonar en una habitación alargada dividida por cristales y un mostrador.

—Esperad aquí —pidió Fosco en medio de ese ruido.

Los dos cadetes vieron cómo el forense se iba por un pasillo y entraba por una puerta después de llamar.

El caos, aparentemente organizado, regía ese espacio como una jungla urbana.

Entre todos los ruidos, el sonido ambiente tan alto era insoportable. Trabajar en una carretera con un martillo neumático era un descanso en comparación.

—¿Estás estudiando para trabajar en este sitio? —preguntó Valentino.

Ella tragó saliva.

—No quiero imaginarme la comisaría del sector oeste o el sur —susurró Olivia como una respuesta más hacia sí misma que al compañero.

No dio tiempo para más consideraciones, el forense salió de la puerta por la que había desaparecido y les hizo una señal para entrar.

Cruzaron la recepción de la comisaría, esquivaron a un hombre esposado que parecía un maleante sacado de alguna película de *Piratas del Caribe* y siguieron hasta donde estaba el forense.

Los dos cadetes entraron en el despacho del inspector y Fosco cerró la puerta. De repente, los oídos de Olivia se aliviaron, el conjunto de ruidos que formaba la jungla se acababa de reducir drásticamente. La chica se pasó un dedo por la oreja, como cuando sales de la piscina y se te queda agua dentro de ellas.

—¡Siéntense! —ordenó el inspector Caruso—. Así que nos volvemos a ver.

Valentino se sentó en una silla.

—Preferimos de pie, gracias —respondió Olivia y, acto seguido, Valentino la miró y se levantó.

El inspector se rascó la cabeza.

—El forense Merrell me ha comentado que ha habido una negligencia importante...

Los dos cadetes tragaron saliva de forma sonora.

—Creo que lo podemos explicar, pero lo más importante es que... —comenzó Olivia, y fue interrumpida.

—Espere, cadete, no he acabado —espetó el inspector—. El forense me ha explicado que mis hombres cometieron un error al no recoger una prueba y que la han encontrado —dijo, y lanzó una mirada al forense—. No quiero saber cómo han entrado en la escena del crimen precintada por mis agentes, pero eso ya me da igual. Lo que me resulta increíble son las pruebas.

Olivia entendió que las consideraciones del inspector eran fruto de una mentira de Fosco. Ella no dijo nada y se calló.

—Lo que no me resulta creíble es que haya una organización secreta en la Lombroso. ¿Se dan cuenta de la barbaridad de lo que están diciendo? La Lombroso, de donde todos nosotros hemos salido y donde ustedes se están formando. ¿Son conscientes?

—Las pruebas hablan por sí solas, inspector —indicó Olivia.

—¿Qué pruebas?

Olivia suspiró e indicó la carpeta encima de su mesa que había preparado el forense.

—Aquí están las pruebas de que me envenenaron a propósito porque nos acercábamos a la verdad. Hay trazas de esta droga que dice Fosco, tanto en la figurita como en la lasaña. ¿Esto no es bastante?

—No del todo, esto no es del todo concluyente.

—Están investigando esta droga nueva, Nebulox. El foco puede estar en los laboratorios de la Lombroso, quién sabe. Además, yo tengo una idea de quién puede ser quien está detrás de todo esto... —afirmó Olivia con un ligero tono de la típica chulería del novato.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

Ella negó.

—¿Nos ayuda? —preguntó ella.

—¿Perdone? Serán ustedes quienes nos ayuden.

Olivia miró al inspector afinando los ojos.

—Espere, ¿cómo van las investigaciones de la muerte de Lina?

El inspector sufrió un golpe de tos.

—Pues estamos en ello. Tenemos varias pistas válidas.

Ella asintió.

—¿Cuáles? —preguntó, amable.

—No estoy autorizado a decirlo a un cadete.

—Claro, porque no tienen ninguna —dijo con la misma chulería de antes—. Escúcheme, hemos identificado al culpable, se llama John, por las huellas de la figurita. Pero ese no es el problema. Alguien por encima, alguien mucho más importante tiene que ser el artífice, ese chico es un mero ejecutor, un paleta, un tío con el cerebro de un mosquito.

—Quien esté detrás de esto tiene la tecnología para hacer un líquido esencial de cacahuete sin olor y sabor. Y solo alguien capaz de manejar una producción de productos químicos y, en consecuencia, drogas —añadió Fosco mientras Olivia se giraba para mirarlo.

—Exacto, blanco y en botella —confirmó al inspector—. Además, yo tengo una idea.

El policía arrugó el ceño

—¿Una idea? —preguntó.

—Sí, una idea.

—¿Y cuál sería?

Ella negó con la cabeza.

—Necesito su confianza —replicó, y alargó la mano.

El inspector primero estudió a la atractiva rubia de arriba abajo y luego regresó la vista de nuevo a su mirada.

—Si no me da su palabra de que lo haremos, no hay trato —insistió ella.

—No voy a poner a mis agentes en manos de una cadete. Es una locura y una temeridad, ni hablar.

—¿Tiene opciones? —respondió Olivia, manteniendo la mano en el aire.

—No creo que tenga muchas posibilidades. ¿Por qué no le da una oportunidad, jefe? —preguntó Fosco.

El policía gruñó mirando la cuidada mano de la cadete.

—Está bien, por lo menos la escucharé.

—No, mi plan es infalible y funcionará. Solo necesito su confianza —insistió mientras esquivaba la mano para impedir que él la estrechara.

—¡Está bien! Haremos como dice —gritó el hombre, y finalmente ella se la estrechó.

Olivia sonrió.

Fosco, que se encontraba entre los dos con la espalda en la pared y los brazos cruzados, sonrió al ver cómo los dos llegaban a un acuerdo.

—Bien, cadete. ¿Y ahora?

Ella se acomodó en la silla, se ajustó el uniforme de la Lombroso y carraspeó.

—De acuerdo, jefe. Este es el plan...

Olivia Wolf se enfrentaba a un examen sin precedentes esa noche.

Iba caminando por la acera, dirección al comedor. La cena era un momento de encuentro y reunión en la Lombroso. Como una gran familia que se encuentra después de un día de trabajo, cada miembro desperdigado por una tarea o lugar, reunidos para cenar.

Otros compañeros salían de los alojamientos en la misma dirección, pero esa noche era diferente, había una conferencia de la profesora Antonella Adler. Olivia pensó que se preparaba fiesta grande en todos los sentidos y levantó una ceja.

La cadencia de su paso venía marcada por los tacones que esa noche quiso ponerse. Altos e incómodos, pero ya estaba acostumbrada a llevarlos. Doce centímetros de feminidad que ya dominaba mejor que una pistola.

El sendero estaba iluminado por las farolas y en el ambiente flotaban aromas de césped mojado, jazmín y rosas.

A Olivia, a pesar de estar segura de sí misma, le sudaban las manos por cada paso que daba en la dirección del plan que había orquestado.

Delante del edificio del comedor estaba Valentino, preparado, con americana oscura y una finísima corbata negra.

—¿Lista? —preguntó él, y ella asintió.

Entonces él separó el brazo del cuerpo y ella introdujo el suyo en el hueco, así, juntos, entraron por la puerta central del comedor.

El día anterior, Olivia había sufrido una crisis anafiláctica, pero allí estaba, como si nada, como si todo tuviera que seguir, el *show*... tenía que comenzar.

El comedor estaba de celebración, el curso se acababa y organizaban conferencias que terminaban con música y fiesta. Era una vieja tradición de la academia que seguía aún.

Cogieron una bandeja con comida siguiendo las indicaciones de María sobre qué coger y qué no coger.

Una vez sentados y rodeados de amigos, comieron esperando la conferencia.

Olivia estaba nerviosa, iba asintiendo a los compañeros que le hablaban, sin entender lo que decían.

Sus oídos estaban taponados por el miedo y su aguda vista espiaba todo lo importante que sucedía en la sala. Entre bocado y bocado, vio cómo la profesora de Simbología llegaba al estrado. Cómo la mesa de los profesores, presidida por el director, vestía de gala. John y su pandilla, sentados en la fila uno, cerca de la mesa de los profesores. Vio cómo a un cadete se le caía un yogur y cómo una chica hablaba al oído al chico que tenía al lado diciéndole algo que lo hizo sonrojar.

En medio de ese festival de percepciones y análisis, la profesora dio dos golpes al micrófono que resonaron por los altavoces. Olivia se giró hacia el estrado y, de repente, reaparecieron todos los sonidos ambiente del comedor.

—Hola, hola, ¿se me oye? —dijo, y se giró hacia el director, que movió ligeramente la cabeza, entonces respiró y comenzó—. Buenas noches a los cadetes y al profesorado. —Les hizo un ademán—. Mi presentación de esta noche se centrará en la fascinante intersección entre los antiguos símbolos egipcios y su aparición en los patrones de conducta de los asesinos en serie contemporáneos. Bien, comencemos. —Se aclaró la voz, arregló las tarjetas con los puntos de la conferencia y siguió—. Los símbolos, desde tiempos inmemoriales, han sido portadores de significado más allá de lo visual, incrustados en las prácticas culturales y espirituales de civilizaciones enteras.

Olivia apenas había comido cuando se detuvo a escuchar a la profesora de Simbología. La misma que el día anterior los había recibido en su despacho. Pensó que por la calle se ven a muchas personas y la mayoría resultan insípidas, normales, no destacan, Antonella Adler, desde luego que no. Vestía siempre de primeras marcas y con un aire tanto en el hablar, caminar y gesticular superior al mundo. Era una de esas personas que cuando te explica algo, te está perdonando la vida.

Sin embargo, lo que más sobresaltaba a la vista era su peinado de pelo cobrizo similar a un león.

—En el contexto moderno, estos símbolos a menudo resurgen, reinterpretados, en las firmas que algunos asesinos en serie dejan detrás, como una forma oscura de comunicar sus motivaciones o su identidad. Hoy exploraremos cómo estos artefactos antiguos pueden seguir influyendo en comportamientos humanos extremos, y qué nos dice esto sobre la persistencia del simbolismo a través de las edades —dijo la profesora, y cambió de papel, pasándolo al final.

Olivia dio un último suspiro y dejó el tenedor. Luego miró a Valentino y este le dio coraje con una sonrisa y levantando el pulgar de forma discreta. Pero no bastó. Olivia no se levantó. Desbordada por todas las dudas del mundo, se quedó clavada en la silla. Inmovilizada por el miedo escénico, por el miedo más profundo y primario. Respiró hondo varias veces. El continuo cíclico de lo que tenía que hacer la había llevado a olvidarse de respirar y a cerrar su esternón.

La profesora seguía hablando de sus malditos jeroglíficos y relaciones modernas con asesinos.

«¿Realmente a esta sala le interesa esto?», pensó, boicoteada por su propia mente.

Siguió respirando hondo. Sus manos no dejaban de sudar, pero la sensación mejoraba.

Valentino, que vio cómo la chica iba evolucionando, apoyó su mano en la suya.

Ella la miró y sonrió.

Siguió respirando.

La fuerza, la pasión y el ímpetu que había demostrado en el despacho del inspector se habían esfumado. Se dio cuenta cómo esa valentía que uno creía tener mutaba delante del problema en el momento de la verdad.

Reconectó con esa sensación, recogió la valentía que había demostrado, el apretón de manos con el inspector, y se levantó de repente. Llamó la atención de la mesa y los ojos de la profesora cayeron sobre ella.

«¡Dios, qué vergüenza, tierra trágame!», pensó mientras iba hacia el estrado, empujada por alguna fuerza que no sabía de dónde venía.

Pensó que, si estuviera su padre, estaría orgulloso y hasta quizá la habría empujado él mismo.

Cuanto más se acercaba, más disminuía el tono de voz de la profesora hasta que la cadete se detuvo delante.

Rígida, inmóvil, mirando fijamente a la profesora.

El comedor se calló ante el acontecimiento, con el mismo silencio de una biblioteca.

El director se quedó mirando a la cadete, una de las mejores de su promoción, con la boca abierta y el tenedor en el aire.

Las dos mujeres se analizaban.

Hasta que Olivia acercó la mano y cogió el micro, luego se giró hacia el resto del comedor y suspiró.

—Lamento esta interrupción —dijo con un gallo entremedio, carraspeó y siguió—. Pero hace dos noches hubo un asesinato. Lina Spenser murió a manos de una persona que está entre nosotros —aseguró, provocando un revuelo generalizado entre los comensales.

El director se levantó, Olivia dio un paso en dirección contraria y levantó una mano.

—Lo siento, director, pero quiero que lo sepa. No solo quiero que lo sepa, quiero advertir que, si no hacemos lo que quiere una organización secreta que ha nacido en los cimientos de esta respetable academia, nos afectará a todos y salpicará nuestro nombre y la honorabilidad de los policías de esta ciudad.

—Olivia Wolf, por el amor de Dios, ¿qué estás diciendo e insinuando? —gritó la profesora sin micrófono.

La muchacha dio un paso más en dirección contraria.

—Olivia... —intervino el director con un tono amable y casi de abuelo—. ¿Qué estás haciendo? Tienes matrícula de honor, estás tirando por la borda todo el trabajo de estos años y el nombre de tu familia.

—Esto no va de mi familia. Tengo pruebas, bueno, tenemos pruebas. Director, la misma persona que ha matado a Lina quiso matarme a mí con una solución de cacahuetes. Tengo pruebas —repitió, abarcando el comedor, y luego se giró hacia la máxima autoridad de la academia—. Director, el asesino de Lina está delante de usted y es John —afirmó, y lo señaló.

Este abrió los ojos de par en par, como si no lo esperase, y se levantó.

—Director, ¡qué dice! ¡Está loca! —gritó en su defensa.

Olivia dio un paso hacia él.

—Este hombre intentó asesinarme y dejó un objeto en la escena del delito: un caballo de ajedrez con sus huellas. Mensaje, una advertencia de la organización Equites Serpentarii —indicó la cadete, que no podía explicarse de dónde le brotaba tanto impulso.

John se fue a un lado de la mesa, hacia los laterales.

—Espera, John —gritó la profesora Antonella al estudiante—. Director, propongo expulsar a esta mujer de forma inmediata. Por infamia y acusación infundada.

Pero John abrió una puerta lateral de emergencia y salió corriendo. Olivia sonrió, una parte del plan había salido, pero la más importante venía ahora.

Se giró hacia la profesora y la apuntó.

—Usted, profesora Adler, es la artífice de la organización secreta que encubre la nueva droga de masas que inunda Akeron... —gritó la cadete.

La profesora se quedó boquiabierta.

Entonces, la puerta principal del comedor se abrió y entró el inspector Caruso con una brigada de agentes. Por último, entró un policía que sujetaba a John, esposado.

—Muy buen trabajo, Olivia, pero ha cometido un error... —aseguró el inspector, cruzando el comedor por el pasillo central. Cuando estuvo al lado de la cadete, continuó—. La profesora Antonella Adler no está involucrada en esto, sino otra persona —dijo, y se giró hacia la mesa del profesorado para apuntar a otro e insospechado profesor.

El dedo del inspector era un punto láser hacia una persona. Primero, hubo silencio, luego, sorpresa y por último, hubo consternación.

Las expresiones de los alumnos que estaban presenciando ese momento tan singular como dramático eran de incompreensión.

Las emociones de Olivia eran una montaña rusa que la había llevado del miedo a la ira pasando por la vergüenza. Pero seguía allí, delante de la profesora cuando la historia daba un vuelco inesperado hasta para ella y Valentino, que habían llevado a cabo una investigación paralela.

El profesor que se vio apuntado con un dedo fue alcanzado por una lluvia de ojos inquisidores.

También el director se giró hacia él, sentado en la dirección contraria a donde había estado la profesora.

Era el profesor de Técnicas Avanzadas de Interrogatorio, Markus Schmidt.

Este se levantó de la mesa, dejando a medias la comida.

—¿Yo? ¿Qué tengo que ver yo?

—¿Markus? —preguntó el director—. ¿En serio? —se dirigió al inspector de policía, que conocía bien porque había pasado por esa academia.

—Buenas noches, director —lo saludó el inspector Caruso, acompañado de una ligera reverencia a la máxima autoridad del centro—. Por desgracia sí.

El director volvió a mirar al profesor, que dio un paso hacia atrás.

—Es una conjura.

—No es ninguna conjura. Íbamos detrás de la pista que descubrieron Olivia Wolf y Valentino de la Selva. Solo alguien desde dentro podía acabar de destapar esta organización, ¿verdad, Markus?

—Director, defiéndame —espetó, señalando a ese hombre que lo estaba acusando de forma pública y sin rodeos—. Esto es una infamia, una calumnia hacia mi persona.

El director no dijo nada, volvió a mirar al inspector, quería saber qué más habían investigado y averiguado de su profesor.

—Cuando vinimos la noche pasada por el asesinato de Lina, interrogamos a Olivia y a Valentino pensando que podían tener algún tipo de vinculación con la organización, pero no lo encontramos —dijo el inspector mientras hablaba a pleno pulmón en medio del comedor—. Y seguimos con la investigación. Sabíamos de la presencia de esta organización que generaba policías corruptos y que, una vez en la ciudad, obviaban ver que la organización Equites Serpentarii vendía una droga sintética por la ciudad. Hace años que tenemos una ola de muerte provocada por esta mierda. Y hace poco entendimos cuál era el papel de la academia en todo esto.

—¿Qué tengo que ver yo con eso? ¡Esto es una infamia, me queréis echar el muerto a mí, yo, que no tengo nada que ver con todo esto!

—Director, cuando nos trajeron las pruebas de la vinculación de John, supimos que era todo cierto lo que sospechábamos y que solo era cuestión de tiempo y de pruebas. John es un mero títere, un criminal vestido de policía a las órdenes de la organización. Entonces me acordé de lo que me dijo, Olivia —afirmó, mirando a la cadete—. Cuando salió de hablar con la profesora de Simbología, se encontraron cerrada la farmacia. La profesora Antonella Adler la había cerrado para que no pudieran acceder a ella. Bien, pero no fue así. Lo que era importante era entender que antes fueron a hablar con Markus y él tenía que haber sido la persona que envió un mensaje a la organización para que cerrara la farmacia; había una cadete que estaba investigando. Por eso enviaron a John, para que eliminara ese elemento distorsionador que podía hacer saltar la organización.

—Todo esto es una patraña —gritó Markus—. ¡Director, defiéndame! Cuántos años llevamos juntos y le he ayudado siempre para que pudiéramos seguir con la labor de la Lombroso. ¿En serio dejará que este hombre me arruine la carrera sin pruebas?

—No se equivoque, señor Schmidt, los sótanos de la farmacia están llenos de huellas y, seguramente, son suyas. Solo necesitamos tiempo para confirmarlo. Y no solo eso —dijo el inspector, y comenzó a caminar delante de la mesa de los profesores con las manos juntas detrás de la espalda—. Lo difícil fue conseguir una revisión de sus antecedentes a nivel internacional, porque las bases de Akeron están limpias, no hay ningún tipo de delito hasta la fecha. Y encontramos varios delitos fuera.

Mientras el inspector de la policía del distrito norte resumía su teoría y las pruebas que tenía contra el profesor, todo el alumnado miraba con asombro lo que estaba sucediendo en su propia casa. Lo que estudiaban, y que un día tendrían que aplicar contra la criminalidad organizada que reinaba de una forma sigilosa la metrópolis, se estaba produciendo delante de sus ojos.

—En definitiva —dijo el inspector, y se giró apuntando al cadete—, John, queda usted detenido por ser el asesino material de Lina Spenser. Tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra en un tribunal. Tiene derecho a un abogado y blablablá, eso ya lo sabe porque lo ha estudiado —se burló, y luego se giró de nuevo hacia el profesor—. Marcus Schmidt, queda usted detenido por haber encargado el asesinato de Lina Spenser, por ser uno de los productores, encubridores y distribuidores de una droga sintética que se llama Nebulox. Tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra en un tribunal. Tiene derecho a un abogado. Si no puede pagar uno, se le asignará un abogado de oficio. ¿Entiende estos derechos que le he explicado? —acabó diciendo con una sonrisa retorcida, casi perversa, fruto del placer de haber dismantelado una columna de la organización criminal Equites Serpentarii—. ¡Lléváoslo! —ordenó a los agentes.

—No, esperad. Estáis cometiendo un gran error —dijo ya con los agentes encima, y cuando estos ya se lo estaban llevando, se giró hacia el director—. ¡Defiéndame, director! ¿No se acuerdas de todo lo que he hecho por usted?

El director lo miró con pena y rabia a la vez.

—Y yo por ti, Markus. De ti no me lo esperaba, no me lo esperaba —susurró el director viendo cómo desaparecía por la puerta principal del comedor.

Al desaparecer John y Markus, los cadetes reaccionaron de una forma totalmente imprevisible: explosionando en un aplauso generalizado con ovaciones y silbidos.

En ese momento, Olivia respiró hondo y pudo relajarse. Su primera investigación había valido la pena y había dado sus frutos para encontrar al asesino de su amiga Lina Spenser.

Se giró hacia Valentino y se sonrieron a distancia, mientras que él estaba aplaudiendo.

—Buen trabajo, Olivia —la felicitó el inspector mientras le daba una palmada en el hombro—. Ha sido muy valiente y atrevida, pero, sobre todo, inteligente, como lo era su padre.

Los ojos de Olivia se iluminaron y brillaron al instante al escuchar esas palabras.

—Usted conoció a mi pad... —dijo, y se tuvo que interrumpir fruto de la emoción y la tensión acumuladas.

—Ahora no es el momento, Olivia, ya se lo explicaré —confesó el inspector, y la abrazó.

—Buen trabajo, inspector —dijo el director, que se acercó.

Este soltó a la cadete y apretó la mano del director.

—He tenido un buen maestro —replicó.

—Hay algo que no he entendido, Caruso. ¿Cómo supiste lo de la farmacia? —preguntó el director.

Caruso miró a Olivia y sonrió.

—Olivia me dijo que la encontró cerrada. Todos saben que esta farmacia nunca cierra, solo de noche. Y que el símbolo de la organización que ya encontramos en varios sitios es el de la farmacia, una serpiente que se enreda en un cáliz y un caballo, la pieza del ajedrez. Luego, ¿dónde se podía elaborar un concentrado de cacahuete sino en un laboratorio?

Olivia asintió.

—Sí, pero la farmacia está cerrada, ¿cómo sabes que está llena de sus huellas y que él tenía las llaves? —preguntó el director.

El inspector encogió los hombros.

—Olivia, no escuche esto, digamos que ha sido un farol. Lo que en la Lombroso no te explican y lo aprendes el primer día de comisaría: el mundo gira a base de faroles y verdades a medias —confesó el inspector.

—Pues tenemos que tomar medidas —afirmó, serio, el director—. Habrá que incluir una asignatura de técnica avanzada de faroles para inspectores de policía.

Los tres rieron mientras, de forma sigilosa, se acercaba Valentino.

—Bueno, bromas aparte, en todo esto también el éxito es de Valentino, y de mi vida, que me la salvó ayer.

El director le dio la enhorabuena a él también.

—Serás un buen detective, Valentino —predijo el inspector.

Olivia miró con cariño a Valentino mientras le daban la enhorabuena a su compañero cuando vio en segundo plano a una persona.

—Perdónenme un segundo —se disculpó la cadete, y se alejó.

Caminó lentamente con recelo hasta la profesora Adler.

La mujer la miró mientras guardaba sus papeles en su bolso de marca parisina de lujo.

—Creo que le debo una disculpa.

—¿Por qué, por tu nota de final de año? Ahórratelas.

—No, lo digo en serio, disculpe por haber pensado que usted era la culpable.

La profesora se detuvo y la miró de soslayo, luego cerró el bolso.

—Da igual, Olivia, si te mereces aprobar mi asignatura, la aprobarás y si no, no. Esto no influirá, estate tranquila.

La cadete dio un respiro de alivio.

—¿En serio, sin recelos?

La mujer, que desde las distancias cortas parecía aún más temible, asintió.

—Bueno, creo que mi conferencia de esta noche la voy a dar otro día u otro año. Os quedaréis sin mi increíble deducción de la relación que encontré entre la iconografía egipcia y los asesinos en serie modernos —afirmó casi a sí misma como una excusa, o una caricia—. Incluso a lo mejor escribiré un libro sobre esto y lo propondré a alguna editorial. Es más, lo voy a hacer y no os la explicaré, así, el día que lo queráis saber, tendréis que comprar el libro. Me podré cambiar el coche por uno más potente —dijo, y sin saludar a nadie, se fue susurrándose sus teorías como conferenciante desdeñada.

Olivia se rio al ver a la mujer que se iba hablando sola.

Luego se giró hacia el comedor. Los centenares de cadetes habían vuelto a sentarse para cenar. Los policías y la actuación que acababa de suceder en ese lugar se había desvanecido.

Sintió un placer inmenso por lo que acababa de pasar y hacer.

«¿Por qué nos pasan las cosas?», se preguntó en su fuero interno.

Sonrió.

Entonces tuvo la confirmación, entendió que investigar y encontrar la justicia era lo que más le gustaba en la vida. No estaba allí por su padre, ni por una promesa, eso solo había sido la mecha que había provocado que se sintiera realmente plena haciendo eso.

Sintió paz y tristeza.

Paz, por saber que su futuro estaba bien encaminado para ser una inspectora de policía.

Tristeza, porque la Academia Lombroso había perdido a una gran persona: Lina Spenser.

Valentino se acercó.

—¿Cenamos? La hemos dejado a mitad.

Ella negó.

—Ya no tengo hambre.

—¿Y qué te apetece hacer?

—Pasear al fresco —respondió ella.

Entonces él, como un caballero, propuso su brazo y ella se agarró.

Salieron del comedor entre las miradas de los compañeros y desaparecieron por el jardín del campus.

Los dos cadetes dejaron atrás una academia algo mejor que antes del asesinato de la compañera y, en consecuencia, un futuro mejor para Akeron City.

Caminaron entre grillos y luces de farolas, sin rumbo y sin necesidad de ir a ningún lugar en concreto, solo ella y él.

Hablaban de los dos días que habían pasado rapidísimo y de todo lo que habían hecho. Cómo se habían sentido y qué habían hecho bien o mal.

Vaticinaron el futuro, que Valentino montaría la mejor agencia de detectives de la ciudad y que se ayudarían siempre. Que serían amigos para toda la vida, dijo él, esperando que ella le contradijera y que, a lo mejor, tendrían una oportunidad como pareja.

Sin embargo, ella se quedó en silencio. Se agarró más fuerte a su brazo, pero no abrió la boca.

Olivia lo sabía y lo había experimentado en su propia piel: el futuro era tan incierto como la verdad del pasado.

Vieron un rincón encima de una pequeña colina, fuera de la luz de las farolas, fuera de la acera, en los límites del campus. Un hermoso lugar para sentarse.

Olivia se quitó los zapatos de tacón e invitó a Valentino a que la siguiera.

Cruzaron el césped frío de la noche y llegaron al punto más alto. Desde allí, en un lado estaba el entramado de edificios de la academia y en el otro lado, después de la alta valla metálica, la metrópolis. Akeron nunca dormía, a pesar de la hora, a pesar de la noche. Las luces falseaban su estado, allí siempre había vida, muerte, delincuencia.

—Algún día, cuando estemos preparados, viviremos allí, en el centro del mundo —dijo Valentino.

—Sí... Pronto, muy pronto. Por suerte o por desgracia.

—¿Por desgracia? —preguntó él.

Ella bajó la vista.

—Entonces echaremos de menos estos momentos.

—Pero nos quedará el recuerdo y seguiremos viéndonos, ¿no?

Ella sonrió.

—Quién sabe.

—¿Quién sabe?

—Bueno, quiero decir que estaremos con muchos temas y con nuestras carreras.

—Pero estaremos tú y yo, ¿no?

Ella le sonrió mientras él se acercaba más y entrelazaba sus dedos detrás de la cintura.

—No quiero perderte, Olivia.

—Nunca me perderás.

Las miradas se fundieron en una sola. La bella rubia dejó que Valentino se fuera acercando a sus labios, que toda la noche quiso volver a probar. Cuando sus bocas se juntaron, Olivia sintió un escalofrío que la recorrió y le erizó el vello. No supo qué fue en un primer momento. Una sensación nueva u olvidada.

¿Amor?

¿Miedo?

¿Incertidumbre?

No supo identificar esa sacudida, pero no quiso detenerla. La aceptó y se dejó llevar por los besos del compañero de investigaciones.

La noche siguió hasta el amanecer en esa colina donde comenzó algo que todos veían venir y solo ellos no supieron prever: el brote de una relación.

EPÍLOGO

Pasaron las semanas en la Academia Lombroso y con ellas, la memoria.

Los sucesos que nos pasan en la vida son tan efímeros como las páginas de un periódico, en cuanto ven la luz del sol, ya son viejas.

El tiempo hace olvidar y todos olvidamos o, mejor dicho, todos todos no.

Valentino y Olivia habían pasado de ser la pareja aclamada y del momento a ser olvidada, ser como antes, una del montón que acudía a las clases del curso de la Academia Lombroso.

Esa mañana, Olivia había quedado con Jessica, una compañera del curso de inspectores para estudiar en la biblioteca. Pasaron por la cafetería, un batido verde y directas a estudiar.

Cuando llevaban varias horas, la amiga le tocó una mano para llamarle la atención.

—¿Qué te pasa? Te veo distraída, nos queda poco tiempo antes de este examen.

Olivia miró el móvil.

—No sé, hay algo que me tiene intranquila.

Jessica arrugó el ceño.

—Pues que llevo desde ayer por tarde que no sé nada de Valentino.

—¿Y eso?

—No sé, estuvo estudiando, pero no me contesta, no lo sé.

—¿Y nunca lo hace?

Olivia meneó la cabeza.

—¿Y si lo llamas?

—Lo he hecho varias veces, pero no me contesta —concluyó, preocupada.

—Acabamos —dijo la amiga, mirando el reloj—. Media hora y vamos a buscarlo, tranquila, seguro que se habrá dormido.

Olivia asintió mientras le regalaba una sonrisa forzada.

Los treinta minutos pasaron y cerraron los libros a pesar de que Olivia no pudo avanzar mucho en el estudio con la cabeza preocupada. Algo sentía que no iba bien, algo chirriaba en su

interior; ese no era un comportamiento habitual de su compañero.

Valentino, que era un Cáncer ascendiente Aries, pesado, insistente y, sobre todo, intenso. Él, que enviaba un mensaje contando todo hasta cuando estaba en el lavabo.

Cruzaron el campus hasta el edificio donde estaban los alojamientos de los cadetes de detective privado.

Subieron las escaleras y aceleraron el paso por el pasillo hasta su puerta. Esta tenía un cartel de «no molestar» rojo enganchado a la maneta.

Tocó con energía.

—Valentino, ¿estás ahí? —gritó Olivia sin miramientos mientras daba palmadas a la puerta—. ¡Valen!

Nada, no había respuesta. Insistió sin obtener nada.

—¿No tienes llaves?

—No, no quise tenerla.

—¿Y por qué? —preguntó Jessica.

Olivia se encogió de hombros. Detrás de la amiga había un carro de la mujer de la limpieza, fue corriendo hacia ella.

La buscó dentro de una habitación que estaba arreglando y le pidió que le abriera la puerta de Valentino.

Ella la siguió y con la llave maestra abrió.

Cuando la mujer estaba girando la llave, pesó que se podía haber dormido o desmayado o, simplemente, se había encerrado en su mundo para estudiar y se había olvidado el móvil en modo avión. O peor aún, ¿estaría con otra chica?

Olivia se adelantó y entró primera preparada para cualquier cosa.

—¿Valentino? —gritó.

Al entrar, se llevó una decepción; él no estaba.

La cama impoluta, la habitación en orden y sin nadie.

Miró debajo de la cama y dentro de un armario; no había rastro de él.

—Mira, es su mochila —le dijo a Jessica.

—Chicas, no toquéis nada, yo sigo; cuando estéis, me decís.

Olivia asintió y se volvió a girar.

—¿Dónde puede haber ido sin decir nada? —preguntó Jessica.

Olivia vio algo que no debía estar allí, en el escritorio había algo que le era familiar. Se acercó y su cuerpo se estremeció, era una figurita de madera.

Se quedó boquiabierta por unos momentos.

Sacó un pañuelo y lo recogió, debajo había un mensaje escrito a máquina y recortado.

«Wolf, esto solo ha comenzado».

¿Te ha gustado?

[Descubre “Gambito de Rey: Un Misterio en la Academia”, la siguiente entrega del Inspector](#)
[Olivia Wolf](#)

[ENLACE AL LIBRO](#)

Una figura de ajedrez dejada en la escena del crimen. Un estudiante desaparecido en la Academia Lombroso. Un mensaje enigmático que sumerge a Olivia en una búsqueda frenética.

¿Qué secretos puede ocultar un simple movimiento en el ajedrez?

Olivia, una aspirante a investigadora, se ve arrastrada en una carrera contrarreloj para encontrar a su amigo desaparecido, enfrentándose a una red de corrupción que amenaza las raíces de la academia. Con cada pista que sigue, descubre más acerca de la organización secreta Equites Serpentarii y su peligroso juego de poder.

Cada descubrimiento no solo la acerca a Valentino, sino que la enreda más en una trampa meticulosamente diseñada.

Gambito de Rey: Un Misterio en la Academia es un **thriller de misterio** que explora la codicia escondida en la cuna de la policía de Akeron City.

Olivia pronto aprenderá que cada movimiento cuenta, y que incluso un paso en falso puede ser fatal en el juego más peligroso de todos.

[IR AL LIBRO](#)

¡ADELANTO GRATIS! - Nueva Saga

Aquí tienes los dos capítulos de mi nueva saga, ***El Forense: La vida y la muerte se unen en sus manos.*** el primer thriller policíaco de Fosco Merrell, ambientado en la ciudad Akeron City.

LA VIDA Y LA MUERTE SE UNEN EN SUS MANOS

EL FORENSE



RICCARDO
BRACCAIOLI

A continuación puedes leer en EXCLUSIVA el **primer capítulo** de la novena investigación de Álex Cortés, un pequeño adelanto antes de su lanzamiento:

PRIMER CAPÍTULO

Akeron City.

Algunos años antes.

La primera bala cruzó los doscientos metros de distancia, haciendo estallar el cráneo de su objetivo. Cayó al suelo, junto a su paraguas de color lila y su alegría. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Desde que el gatillo accionó el primer disparo hasta dejarla sin aliento. Cayó rígida, en medio de un charco de lluvia que no tardó en mezclarse con su propia sangre.

Pocos instantes antes, el asesino lo había preparado todo.

La habitación del lujoso hotel estaba lista. Había colocado una mesa delante de la ventana. Una caja llena de alargadas balas estaba lista. Era una noche fría en Akeron City, y muy lluviosa.

El asesino se secó el sudor con su propia toalla. Llevaba unos guantes negros de látex y un gorro de ducha que le recogía el pelo corto.

Miró el reloj; faltaba poco para las ocho de la tarde.

Estaba sentado en posición de loto, encima de una toalla apoyada en el suelo, extendida sin una sola arruga.

De los auriculares salía una música de meditación, con viento suave entre bambús para evitar que disparase su frecuencia cardíaca.

Su único pensamiento era lo que tenía que hacer desde esa habitación del hotel.

Nada más ocupaba su mente, entrenada a eliminar el ruido y focalizarse en su objetivo.

Su reloj sonó y abrió los ojos: era la hora.

Dio una profunda respiración.

Se levantó de la toalla y la enrolló, metiéndola después en su mochila.

Se acercó a la ventana y con una punta de diamante hizo un agujero en el cristal, a la altura de la cintura. El rascacielos tenía acristalamiento que iba desde el techo hasta el suelo.

Sujetó la primera circunferencia de cristal con la ventosa y la dejó en la cama.

Luego repitió la operación con el segundo cristal de la ventana. Al quitarlo, entró el aire del exterior.

Un viento de tormenta penetró en la habitación.

La lluvia salpicaba la moqueta y la punta del arma preparada.

Apoyó el ojo en el visor y vio al otro lado a su objetivo.

El reloj emitió un segundo sonido. Faltaba un minuto.

La cruz del visor telescópico estaba desenfocada. Fue ajustándola hasta que tuvo un blanco nítido.

Al otro lado de la plaza, azotada por la lluvia, estaba el polideportivo de la ciudad. La luz de las farolas iluminaba la cola de acceso al concierto. Tocaba un grupo local, que hacía furor entre los jóvenes.

Los paraguas cubrían las caras de la gente. Desde la altura del rifle, solo se veía una estela de paraguas que serpenteaba por la enorme plaza.

Respiró profundamente.

En pocos segundos habría comenzado su trabajo.

Volvió a mirar por el visor. Fue buscando su primer objetivo: un paraguas sujetado por un extraño. Seguramente un joven que solo estaba luchando contra las inclemencias del tiempo para ver a sus ídolos musicales.

Rojo, verde, a topos o a rayas. El azar iba enfocando uno u otro sin sentido, sin ningún orden de coherencia de decisión.

Quitó el seguro.

Entonces la tercera alarma sonó y apretó el gatillo sobre el paraguas lila.

En el tiempo que tardó en caer el primer objetivo, el asesino quitó el casquillo e introdujo la siguiente bala.

«Uno», pensó.

Buscó al azar otro paraguas, este de color verde, y apretó el gatillo de nuevo. El objetivo cayó.

Sacó el casquillo y metió otra bala en la recámara.

«Dos», pensó.

Luego buscó otro paraguas, uno negro. Sin embargo, para entonces ya se había desmontado la fila casi militar del público y el caos se había desatado. Los paraguas, como átomos enloquecidos, se dispersaron en todas direcciones.

Otro paraguas azul, otro rojo y otro.

«Seis», pensó.

Miró la hora y se secó la frente.

Siguió con los paraguas atrapados en el centro de la cola, los primeros en llegar al concierto y los últimos en poder escapar.

Un paraguas a rayas, luego uno blanco y otro estampado.

«Nueve», pensó.

Apuntó a un paraguas transparente, y bajo este, un hombre que corría fue atravesado por un proyectil. La clara lona se manchó de rojo, salpicada de sangre. Luego el hombre cayó, obstaculizando la huida de los que iban detrás.

«Diez», pensó.

Retrocedió al primer paraguas lila, donde una señora estaba agachada junto a la muchacha tendida en el suelo, bajo la lluvia. El asesino le colocó la cruz en la cabeza y apretó el gatillo.

«Once», pensó.

Seguía buscando su próximo objetivo en medio del caos, cuando sonó la cuarta alarma.

Abrió el ojo cerrado y se separó del visor: era la hora. Habían pasado solo un par de minutos desde el primer disparo, pero tenía que abandonar ese lugar.

El asesino había calculado el tiempo de reacción de la policía de Akeron. Tenía que marcharse y dejarlo todo tal y como estaba.

Bajó de la mesa. La apartó hasta la marca que había hecho antes, alejándola de la ventana.

Agarró el fusil y lo desmontó pieza a pieza. Colocó las tres partes en una bolsa de lona. Se secó el sudor por última vez y metió la toalla en la maleta. Enrolló el paño sobre el que se había tumbado y lo guardó.

Plegó la mesa, la introdujo en un armario y buscó los casquillos.

Uno, dos, tres.

Los fue contando y metiendo en un bolsillo del bolso.

Entonces sonó la alarma, la quinta.

Nueve y diez, los guardó.

Miró a su alrededor, faltaba uno.

Levantó las sábanas de la cama, debajo no estaba.

Siguió buscando.

Otra alarma; tendría que haber salido por la puerta hacía unos segundos.

Sus pulsaciones se dispararon. Miró a su alrededor otra vez, pero no lo encontró.

Decidió irse.

Arrojó lejía con un espray por toda la estancia. Agarró la maleta, sacó un sombrero de pescador y un chubasquero barato y salió por la puerta, colándose por la salida que había preparado.

La gente corría por los pasillos de un lado al otro. Él cogió el ascensor y bajó a la planta principal.

Las primeras ambulancias llegaban a la plaza. El caos se había expandido por la ciudad. El tráfico se había detenido en los alrededores y las patrullas de policía justo llegaban, con las sirenas encendidas.

Le dio tiempo justo de dar la vuelta al edificio, y después los agentes entraron en masa en el hotel.

Siguió bajo el agua hasta llegar al primer aparcamiento de motocicletas.

Levantó el sillín y cogió el casco del portaequipajes. Una vez colocado se sentó y encendió el ciclomotor.

Enganchó las asas de la bolsa en la anilla, al lado de los pies y se fue entre el caos, en dirección contraria a la plaza de la masacre.

Recorrió un par de avenidas llenas de coches y semáforos. La lluvia azotaba Akeron City una noche más.

Llegó hasta el puente Reynolds y aparcó el ciclomotor. Dejó el casco y se volvió a colocar un sombrero verde de pescador. Agarró el bolso de lona y se fue hacia el otro lado del río. Comprobó que no viniera ningún barco y cuando estuvo justo a la mitad del puente, arrojó la maleta al río Caronte. Esta tardó décimas de segundo en desaparecer entre las negras y profundas aguas.

Siguió hasta el otro lado y caminó hasta la entrada de metro más cercana. Entró y desapareció entre la muchedumbre que habitualmente cogía ese medio de transporte para moverse por la ciudad.

El asesino desapareció sin dejar rastro, dejando a su paso una masacre de jóvenes vidas y de preguntas que, aparentemente, carecían de respuestas.

SEGUNDO CAPÍTULO

Hoy en día.

Rompió el estuche azul de los instrumentos quirúrgicos.

Sacó el bisturí y todos los otros utensilios que necesitaba. Los colocó sobre la mesa de manera pausada y ordenada: siempre igual, siempre en el mismo orden. De forma maniática, como si fueran cubiertos de una mesa en un restaurante con tres estrellas Michelin.

Pero esa mesa no era para comer, sino para analizar cadáveres: para abrirlos y determinar por qué habían muerto.

Ese día tenía delante el cuerpo inerte de un joven desafortunado. Alguien que había muerto antes de hora. Eso, en Akeron City, no era una excepción. Morir entre bandas o por sobredosis era un caso normal para la policía. La violencia en las últimas décadas se había incrementado hasta niveles difíciles de controlar. Las últimas elecciones dieron paso a candidatos a la alcaldía que hacían cada vez menos.

Esa tarde la morgue estaba silenciosa. Todos los otros forenses lo habían dejado solo ante una urgencia.

Fosco Merrell era el forense jefe de la policía judicial del distrito. En sus hombros recaía la responsabilidad de esa autopsia y del grupo de investigación médica.

Encendió el viejo tocadiscos. Levantó el cabezal y apoyó la aguja en las primeras estrías del disco negro. Comenzaron a salir las primeras notas musicales.

Fosco cerró los ojos. Esos instantes eran los mejores, cuando las notas inundaban el ambiente de riguroso luto. Era La Tosca, de Puccini, interpretada por un joven Pavarotti.

Esperó unos minutos y abrió los ojos; ya podía comenzar.

Las flautas y los violines sonaban de fondo en la estancia.

Se colocó los guantes y rotó el cuello. A pesar de la fría temperatura de la morgue, Fosco sudaba. Llevaba el equipo de trabajo, un mono blanco de plástico que lo cubría completamente.

Miró al chico en la mesa de análisis con compasión; perder la vida tan joven era una tragedia.

Para Fosco, la muerte de alguien a esa edad era como un naufragio. En cambio, cuando un anciano moría, lo veía como una llegada a puerto.

Fosco a sus cincuenta, todavía conservaba su buena presencia y su mirada profunda, aunque las arrugas demostraban el paso de muchas desdichas por su vida y las incontables autopsias que llevaba sobre sus hombros. Las ojeras delataban las pocas horas que dormía para dedicarse a su trabajo. Su vida personal, desde hacía unos años, había pasado a un segundo plano.

Sus compañeros le decían que era adicto al trabajo, pero él se definía a sí mismo como un apasionado de su profesión

Las primeras arias de Luciano se difundieron por la morgue.

Fosco se colocó delante del chico y, como era su costumbre, se dispuso a pedir permiso al muerto antes de estudiar su caso.

No era religioso, a pesar de que sus progenitores lo hubiesen sido, pero sabía que había algo más allá de la vida. Algo que no podía describir con palabras. Él, un hombre empírico y científico, no se dejaba embaucar por las creencias, pero gracias a su experiencia había llegado a la conclusión de que había algo más que la ciencia no podía explicar.

Apoyó la mano en su frente.

Le pidió permiso, con los ojos cerrados.

No era magia; era tan solo un hombre respetuoso y metódico que pedía permiso antes de profanar un cuerpo.

Dijo el nombre del chico y usó las palabras acostumbradas.

Luego abrió los ojos y se quedó mirándolo atentamente.

«¿Quién eres?», le preguntó en sus adentros, a pesar de creer saber la respuesta.

«¿Dónde has muerto? ¿Quién te ha hecho esto?», añadió, aunque era consciente de que nadie, aparte de su estudio, le daría esas respuestas.

«¿Cómo has muerto?», pensó por último y comenzó la inspección.

Apretó el botón de la vieja grabadora que llevaba en el bolsillo, con el micrófono en la solapa, y comenzó.

—Fosco Merrell, autopsia número 342953-FR, individuo de raza blanca, se sospecha la identidad y la autoría de los hechos —dijo la hora y el día y que procedía a operar—. El

individuo ha sido encontrado en un coche abandonado en medio de un incidente múltiple en el puente Reynolds. No sabemos quién conducía la furgoneta —dijo y se detuvo mirando las muñecas y los brazos—. Debe rondar los veinticuatro años. Tenemos que averiguar la causa de la muerte.

El cadáver se encontraba en unas condiciones pésimas, menos el rostro, que parecía estar en mejores condiciones. El resto del cuerpo se encontraba lleno de livideces.

Abrió el torso con el bisturí y luego con la sierra. Inspeccionó todos los órganos internos, valorando sus condiciones, y luego lo cerró.

Hizo lo mismo con la cabeza; el procedimiento normal para el forense. Acostumbrado en sus inicios a una sierra manual, hacerlo con una eléctrica era mucho más sencillo.

Analizó las posibles lesiones cerebrales y cerró el cráneo.

Las notas de la ópera seguían al fondo, aunque el médico había dejado de escucharlas debido a la concentración. Llevaba un buen rato encerrado en esa estancia; cogió un chicle de nicotina y comenzó a masticarlo. Era el único remedio que había encontrado a tantas horas sin fumar.

Buscó restos de ADN en el cuerpo, pelos que no fueran suyos y cualquier otro indicio que pudiese llevarlo a descubrir más. Seguidamente le extrajo sangre para un rápido análisis y comenzó a redactar el informe.

Cuando llevaba pocas líneas escritas en su monitor, la secretaria de la morgue lo llamó por el telefonillo interno.

—¿Fosco? —preguntó la mujer al otro lado.

—Dime —respondió seco.

Al otro lado del auricular, la mujer se quedó en silencio. A menudo escuchaba la música y, en base a la ópera que había de fondo, adivinaba el estado de ánimo del forense.

—Lamento interrumpirte —dijo rápidamente—. Pero...

—¿Ya han llegado? —preguntó Fosco.

—Sí.

El forense suspiró.

—Dame cinco minutos y hazlos pasar —replicó y colgó.

Guardó el fichero, apagó la pantalla y se levantó. Fosco colocó al cadáver un gorro parecido a uno de ducha, que disimulara la abertura en la frente. Luego, cogió una sábana limpia y la extendió sobre el cadáver.

Desde la puerta se oyó la señal. Se abrió y apareció la mujer que antes lo había llamado. Seguidamente pasaron dos personas: primero una mujer y luego un hombre.

—Buenas noches, acérquense —dijo el médico—. Lamento la situación, pero les pido fuerza —dijo mientras les estrechaba la mano.

Los presuntos padres del que estaba bajo esa sábana acababan de aparecer. El cuerpo había aparecido sin documentación, pero la policía había deducido que ese individuo podía ser John Méndez. Un exconvicto, metido siempre en numerosos trapicheos y robos. A pesar de su joven edad, su historial era más largo que el río Caronte que cruzaba la ciudad.

Los padres le estrecharon la mano.

—No será una imagen fácil, pero necesitamos que lo reconozcan —dijo Fosco y se acercó a la mesa con el cadáver cubierto.

Solo asomaban los pies y, del pulgar izquierdo, sobresalía un cordel con un cartón colgando. En él había un código alfanumérico y una fecha.

—¿Estás segura, cariño? —preguntó el hombre a la esposa

.

Fosco se percató de que los dos llevaban alianza. La señora tenía el rostro hinchado y los ojos rojos de tanto llorar. Parecían personas de un cierto poder adquisitivo, que no daban la impresión de tener dificultades económicas. Una familia acomodada y sin problemas; excepto uno: un hijo que no habían conseguido educar.

Ella asintió mirando al hombre y luego se giró hacia el médico, que estaba al otro lado de la mesa de autopsias.

Fosco apretó las mandíbulas mientras masticaba el chicle de nicotina.

Levantó una solapa de la sábana y la dobló a la altura del cuello, dejando descubierta solo la cabeza.

La mujer gritó en un llanto desenfrenado y se giró hacia el marido, que la abrazó.

Luego, el forense descubrió los brazos llenos de tatuajes, dejando el torso cubierto.

—¿Lo reconocen? —preguntó el forense.

Los padres asintieron.

—Sí, es John, nuestro hijo —confirmó el padre.

La madre se quedó abrazada al marido un buen rato, mirando a su hijo tumbado, con los ojos cerrados.

—¿Algo más? —preguntó el padre. Miró al forense, que negó con la cabeza—. Mejor nos vamos —dijo y tiró de su mujer hacia la puerta.

Ella dio un paso, pero luego se deshizo de los brazos de su marido y regresó frente a su hijo. Apoyó la mano en su frente y levantó la mirada.

—Doctor, dígame, ¿ha sufrido? —dijo la madre llorando, casi hiperventilando.

Fosco le cogió la mano.

—Señora, quédese tranquila, su hijo no ha sufrido. No se ha enterado de nada —dijo y esbozó una sonrisa tímida.

En ese momento, la mujer suspiró y al acto su expresión se suavizó. Asintió más tranquila y se fue con su marido.

En cuanto salieron, el médico cubrió el cuerpo. Suspiró recordando a la mujer. Se sintió mal; no solía mentir en su trabajo, pero creyó que, si hubiese sido él, habría sabido sobrellevar mejor el luto sabiendo que su hijo no había sufrido. El dolor hubiera sido más llevadero.

No se sintió orgulloso, pero se pasó las manos por el pelo y regresó al escritorio. Encendió la pantalla y siguió con el informe forense.

Al terminarlo lo agregó a un correo electrónico, añadió el email de la inspectora y escribió el texto.

«Olivia, te paso el informe que necesitabas urgentemente. Los padres acaban de irse, han reconocido el cuerpo. Se trata de John Méndez, como te esperabas. Seguramente, cuando leas este correo el informe dactilar también lo confirmará. Las analíticas del ADN más completas me llegarán en unos días. Te adelanto lo que leerás en el informe: el chaval presenta hematomas por haber sido golpeado y brutalmente apaleado. Pero la muerte ha sido provocada por una hemorragia interna que le causó el accidente. Parece que el chico estuvo consciente mientras lo torturaban, y el accidente le ha ahorrado más sufrimiento. Los índices de cortisol en sangre lo demuestran. No te puedo ayudar más, espero que te sirva. Nos vemos pronto. Fosco.»

El médico forense comprobó que el mensaje había sido enviado y apagó el ordenador. Era tarde; tenía que irse a casa, ducharse y arreglarse para la gala de esa noche. Cogió las llaves de su coche y las latas de sus puros con sabor a café, cuando alguien entró por la puerta.

—Maldita sea, hoy solo me faltaba esto —dijo uno de la policía judicial.

El hombre llevaba un chubasquero goteando y el compañero, que lo ayudaba a empujar una camilla, estaba en las mismas condiciones.

—Mi mujer me va a matar, si es que no me pone los cuernos con algún vecino —dijo el hombre a su ayudante mientras se rascaba el culo—. Joder, estoy empapado, que ganas de irme a

la ducha. ¿Dónde te dejo este fiambre, jefe? —gritó el policía.

Fosco arrugó el ceño: no le gustaba que entraran con esos modales a su lugar de trabajo.

—¿Quién es? —preguntó Fosco.

—No lo sabemos, jefe. Lo han encontrado bajo un puente del distrito oeste. Ahora ya es cuestión tuya —dijo el hombre mirando a su alrededor para ver dónde podía dejarlo—. El comisario dice que es urgente, ya te llamará.

El policía dio un paso.

—¿Ferdinand? —dijo Fosco llamando su atención—. ¡Quieto!

El policía se detuvo y la camilla con él. La víctima estaba envuelta en una bolsa negra con cremallera.

—Mesa cuatro —dijo Fosco tomando el control de la situación.

Ferdinand bufó.

—Sí jefe, claro —contestó y miró a su ayudante—. Venga, que es para hoy.

Se acercaron y dejaron el cadáver encima.

—Todo tuyo. Nos vamos —dijo el policía y en cuanto iba a salir al pasillo estornudó y a la vez se le escapó un sonoro pedo.

—No te rías —dijo Ferdinand a su ayudante—. Esto es la edad... —dijo y siguió hacia la salida.

—No me extrañaría que tu mujer tuviera un amante... —susurró el forense.

Miró el reloj y comprobó que llevaba demasiado retraso.

—Urgente... —dijo el forense—. Para el comisario todo lo es —dijo y justo cuando fue a abrir la cremallera se abrieron de nuevo las puertas de la morgue.

—Nos olvidábamos esto —dijo el ayudante de Ferdinand.

—¿Qué es? —preguntó el forense.

—Parece un sombrero. Estaba al lado del cuerpo. Creemos que era suyo, está manchado de sangre.

Fosco se acercó y cogió la bolsa transparente. En su interior había un sombrero de pescador manchado de rojo, aplastado y de color verde oscuro. Parecía impermeable, con las letras “L.A.” bordadas: las iniciales del equipo de fútbol de Akeron.

Algo le llamó la atención de ese sombrero, pero no supo qué. Lo dejó encima del cadáver sin abrir la cremallera. Introdujo el cuerpo en la nevera y se fue. Ya era demasiado tarde.

¿Te ha gustado?

[Descubre “El Forense”, la primera entrega del forense Fosco Merrell](#)

[IR AL LIBRO](#)

A veces una autopsia no es un final, sino un inicio.

Una exhumación revela un indicio que no tiene nada que ver con la causa de la muerte.

El caso no resuelto de una vieja masacre vuelve de actualidad.

Los secretos no entienden de compasión, solo de verdades.

Fosco Merrell, acompañado por la tenaz inspectora Olivia Wolf y el enigmático detective Dønati Vihëls, en una carrera contra el tiempo para resolver un enigma que entrelaza el pasado con peligrosas mafias en guerra y una corrupción que devora todo a su paso.

¿Hasta dónde llegarán para desvelar la verdad detrás del crimen que conecta su pasado con el presente turbulento de Akeron City?

En Akeron City, los secretos no mueren; se entierran hasta que alguien como El Forense Fosco Merrell consigue desenterrarlos.

Con una trama que teje suspense, misterio, y una red de traiciones, esta novela te arrastrará a las profundidades de la investigación forense.

Haz clic y adéntrate en el misterio.

Descubre el “*El Forense: La vida y la muerte se unen en sus manos.*”, donde cada cadáver cuenta una historia de traición y poder en las sombrías calles de Akeron City.

El Forense es un thriller policíaco que te dejará enganchado, página a página.

¿Podrá Fosco vengar su pasado antes que sea demasiado tarde?

Si disfrutaste los thrillers llenos de suspense, investigaciones y de misterio, como Reina Roja de Juan Gómez-Jurado, Joël Dicker, Roberto Martínez Guzmán, Carmen Mola, Michael Connelly, no podrás dejar de leer El Forense.

Si disfrutaste de los anteriores thrillers policíacos llenos de suspense e investigación de este autor, no podrás dejar de leer El Forense.

¡CONSÍGUELO AHORA antes de que cambie el precio!

[IR AL LIBRO](#)

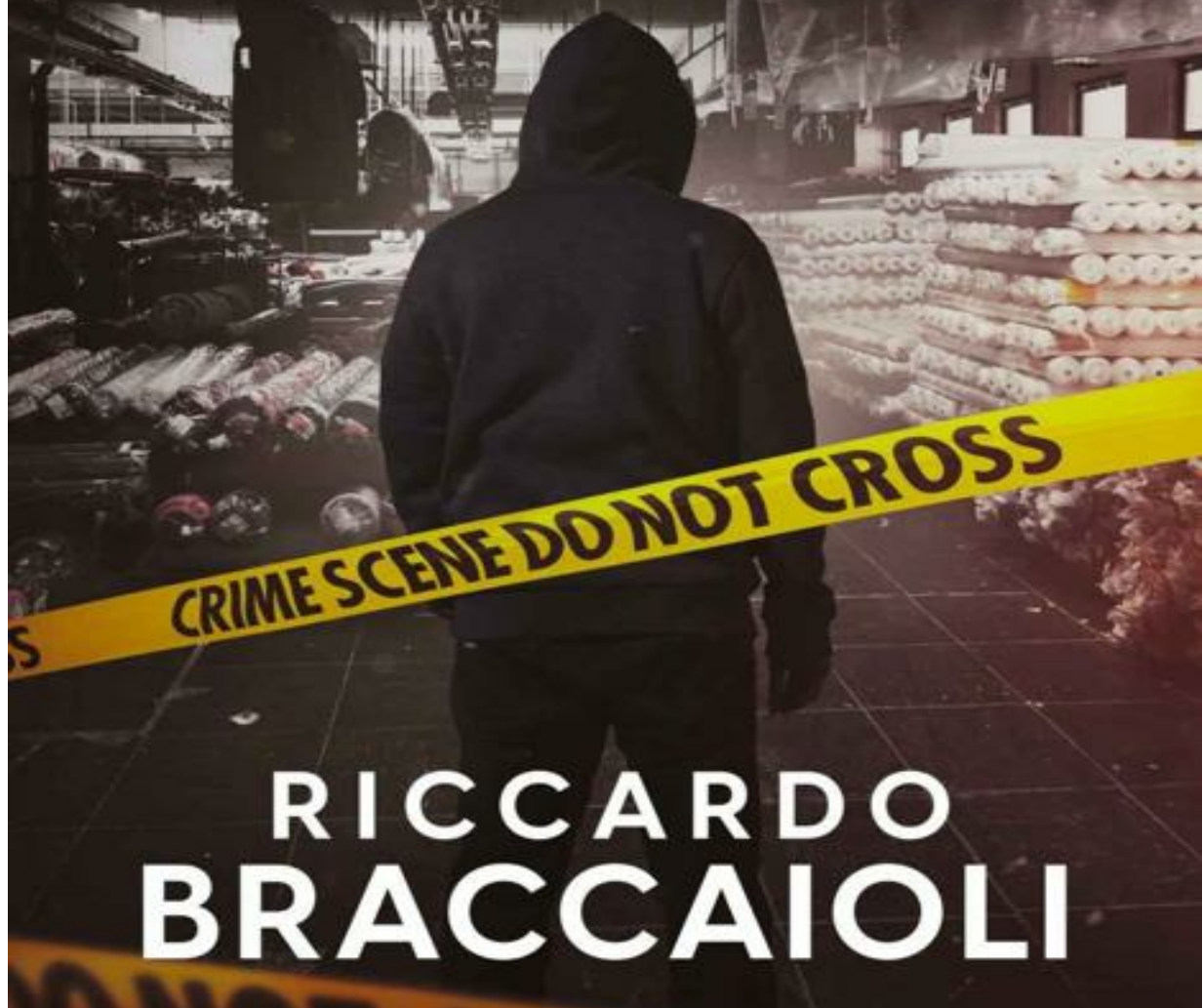
¡ADELANTO GRATIS! - Saga Álex Cortés

Comienza a leer gratis la saga del sargento Álex Cortés con:

LA PRIMERA INVESTIGACIÓN DEL INSPECTOR ÁLEX CORTÉS

EL SASTRE DEL DIABLO

THRILLER



RICCARDO
BRACCAIOLI

A continuación puedes leer los primeros capítulos de la primera investigación de Álex Cortés:

PRIMEROS CAPÍTULOOS GRATIS

CAPÍTULO 1

Álex Cortés no estaba preparado para lo que estaba a punto de ver.

Necesitó respirar varias veces antes de seguir avanzando por el despacho. Su carrera como agente de la policía científica lo había llevado hasta esa habitación, pero de pronto sentía que la situación le iba grande.

Hacía relativamente poco que había llegado a la comisaría central de Barcelona como nuevo agente del grupo de investigación criminal. Para él, originario de Tarragona, aterrizar en la capital fue un gran logro. Se había sentido importante, pero solo hasta ese momento.

El estado del cadáver que tenía delante le estaba haciendo replantearse muchas cosas.

¿Qué clase de persona cometía semejantes atrocidades?

¿Por qué torturar así a un hombre?

Hasta entonces había pensado que eso solo sucedía en las películas.

Al parecer, la maldad era un virus más difundido de lo que Álex había pensado.

Se encontraba en una oficina poco iluminada. Tenía sofás rojos de terciopelo y espesas cortinas que atenuaban la luz. La vieja moqueta verde tenía algunas manchas. En el aire flotaba un aroma siniestro; una energía insana más propia de un cementerio.

En el pequeño escritorio había pocos documentos, ni siquiera un ordenador. Los flashes de las cámaras iluminaban el ambiente, que olía a muerte y a nidos de ácaros.

En las paredes colgaban cuadros baratos con imágenes explícitas: una decoración más propia de algún prostíbulo de Castelldefels o de la Junquera que del barrio del Poble Sec.

Junto a Álex se encontraba otra agente, la oficial Karla Ramírez, de la misma promoción de la academia. Ella se detuvo también, mientras los dos intentaban asimilar lo que estaban viendo.

Un flash los alcanzó de pleno.

El compañero de la científica se dio cuenta de su presencia y bajó la réflex, dejando ver su cara.

—¿Qué narices hacéis aquí? —les espetó el hombre, autoritario—. ¿Pensáis que por ser de investigativa podéis hacer lo que queráis? ¡Fuera de aquí! Si queréis entrar, id a vestiros con los elementos de protección.

Los dos agentes sacudieron la cabeza, dándose cuenta de que habían entrado en la estancia sin bata, gorro, cubrezapatos, o mascarilla.

Retrocedieron y se vistieron con trajes blancos. A Álex le costó que todos sus rizos negros cupieran debajo del gorro. Cubrió con la bata su atuendo, que lo hacía parecer una estrella de rock más que un policía. Una vez listos, los dos agentes volvieron a entrar.

La víctima estaba en el centro de la estancia, mirando a la puerta y sentado en una silla. Tenía las manos atadas por detrás del asiento, impidiéndole moverse. La cabeza yacía sobre la barbilla. La sangre, que ya había dejado de gotear de la boca, había ensuciado su traje, caro pero mal conjuntado. Era negro, a rayas, combinado con una corbata oscura y camisa color vainilla.

Karla y Álex se acercaron al muerto. Seguía con los ojos abiertos, como si quisiera decir algo a su verdugo. Petrificado en el momento de su muerte.

Álex levantó la mirada: el despacho no disponía de cámaras, y el pasillo tampoco.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Karla.

Ella se arrodilló, colocándose a la altura del rostro del cadáver.

—Desde luego, querían que este hombre sufriera —contestó observando el rostro.

—En la academia no te enseñan cosas así...

—Supongo que nuestros compañeros del FBI tienen casos como este a diario —replicó ella.

Álex se alejó del cadáver y se acercó al compañero que estaba realizando las fotos. Le alargó la mano con timidez y el hombre bajó la cámara de fotos, le miró a los ojos y se la estrechó.

—Mario, de científica.

—Álex, investigativa, grupo homicidios.

—¿Nuevo?

—No, llevo unos meses en la comisaría.

—Eso ya se ve, pero me refiero con cadáveres así —dijo mientras señalaba con la cabeza al muerto.

Álex enarcó las cejas en un gesto irónico.

—Ya veo —contestó Mario.

—¿Qué habéis descubierto?

—De momento poco. Nada de huellas aparentes, ni pisadas: el asesino ha sido pulcro. Os pasaremos el informe más tarde.

Álex asintió.

—¿El teléfono móvil?

—Estaba en un cajón del escritorio, lo llevaremos a informática forense —contestó Mario.

—¿Quién encontró el cadáver?

—El conserje del edificio.

—¿Y dónde está ahora?

—En el hospital. Tuvieron que auxiliarle los del SAMUR porque al ver todo esto tuvo una crisis de ansiedad. Sigue en estado de shock.

—¿No puede haber sido él?

—No creo, aunque tampoco lo podemos descartar a priori. Pero eso es cosa vuestra. Suerte con esto, sabueso —concluyó Mario justo cuando alguien aparecía en la estancia.

—¿Qué? ¿Estamos de cháchara? —les espetó el recién llegado—. ¡Estáis aquí para trabajar, no para hablar! Venga, al curro.

En cuanto apareció el sargento Ortega, el ambiente en la escena del crimen se enrareció.

El sargento era el punto flaco del primer destino de Álex.

Lo vio entrar por el rabillo del ojo, sin dignarse a mirarle. Luciano Ortega era un hombre hecho a sí mismo, de la vieja escuela. Llegó de la benemérita cuando el cuerpo de los Mossos d'Esquadra absorbió varios agentes de otros cuerpos de policía.

Su reputación le precedía. En los vestuarios de la comisaría se vociferaba que había pasado por una época de alcoholismo que supuestamente había superado. Se decía que estuvo a punto de ser expulsado del cuerpo.

Vestía una camisa color gris claro con un botón abierto. Por debajo asomaba una camiseta originariamente blanca, que se había vuelto ya del mismo color que la camisa. La corbata, con un estampado floral, solo podía provenir de alguna tienda de ropa de segunda mano de *Els Encants*. La gabardina mostraba manchas y rozaduras y, en días de lluvia, le añadía un sombrero borsalino negro. De su boca siempre colgaba un pequeño caliqueño, que en la escena del crimen había tenido la delicadeza de apagar.

El sargento se detuvo en el umbral de la habitación.

—¿Usted también? ¡Póngase de blanco! —gritó Mario.

—Tranquilo, hombre, ¿no ves que me he quedado en la puerta?

—Da igual, puede contaminar la escena.

—Sigue con tus fotos, rata de laboratorio.

Mario apretó los dientes y, con mucho esfuerzo, siguió con la inspección ocular.

Ortega no era conocido por sus modales y todos esperaban, casi más que él mismo, que se jubilara y se fuera. Su poco compromiso con el cuerpo y su manera de trabajar le habían impedido avanzar en la jerarquía.

Álex observó la escena, a distancia, con expresión de desprecio.

—*Mare meva* —dijo el sargento sin vocalizar del todo, sujetando entre los labios el pequeño puro—. Le han cerrado la boca, ¿eh?

El comentario no le gustó a Álex: le pareció una falta de respeto hacia la víctima.

Pero el sargento, en cierto modo, tenía razón: el asesino le había cosido la boca a su víctima, literalmente. Una cuerda le pasaba del labio superior al inferior, como puntos de sutura. A ese empresario le habían cosido el hocico.

De los orificios, alargados por la fuerza de la mandíbula y de su desesperación por pedir auxilio, había salido sangre a borbotones.

Álex miró a su jefe con desdén.

—Tenemos que gestionar esto —dijo Ortega—. Abajo está la prensa y no pueden saber que es la segunda víctima que encontramos así.

CAPÍTULO 2

Cuando Álex y Karla llegaron a la escena del segundo crimen, los periodistas todavía no habían llegado. Pero las noticias en Barcelona volaban y, cuando había un muerto de por medio, se convertían en pólvora.

Ortega podía ser muchas cosas, pero tenía razón. Si trascendían detalles de lo que habían hallado en esa habitación, a las pocas horas, primero en las webs de noticias y al día siguiente en los periódicos, tendrían la noticia de que había un asesino en serie por las calles de Barcelona.

Y eso tenían que evitarlo a toda costa.

Karla seguía mirando con distancia la situación, pero su expresión era un volcán a punto de explotar.

—Esperamos el informe hoy mismo —dijo en voz alta el sargento, para que lo oyera el de la científica—. Oye, tú...

—¡Se llama Mario! —soltó Karla sin mirarle.

Ortega miró a su subordinada como si acabara de darse cuenta de su presencia.

—Lo sé —contestó—. ¿Crees que no lo sé, mocosa?

—¿Entonces por qué no le llama por su nombre? —replicó ella, sosteniéndole la mirada.

—Está bien, Karla —dijo Álex, interponiéndose físicamente entre los dos, con las manos en alto—. Estamos aquí por un asesinato y nada más. Mario nos lo enviará lo antes posible, ¿verdad?

Este afirmó con la cabeza sin decir nada.

—¿Qué nos quería decir de la prensa? —continuó Álex.

La expresión de Luciano Ortega mostraba el desprecio que sentía hacia Karla y Álex.

—Su señoría ha dictaminado el secreto de sumario. Por lo tanto... —dijo y concluyó acercándose el índice a la boca—. Ni se os ocurra decir nada.

Álex se giró hacia donde estaba Karla.

—Bien, yo creo que hemos acabado aquí —le dijo.

—Tenemos que ir a la comisaría, el subinspector Rexach quiere vernos. Quiere que analicemos los dos casos juntos —dijo Ortega. Después se dio media vuelta y desapareció por el pasillo.

—¿Te has vuelto loca? No hace ni seis meses que estamos aquí y nuestro jefe nos odia. Tu actitud desde luego no ayuda —dijo Álex a Karla.

—Ese engreído cree que nos puede tratar como títeres y es el primero que se pasa las normas por el forro.

—Shhh —dijo Álex, mirando hacia la puerta y dando a entender que Ortega aún podía oírlos.

—¿Y tú? Eres peor que él. Bajas la cabeza y te dejas insultar —dijo ella.

—¿Insultar? No, se llama mando.

Karla soltó una risa cínica.

—¿Mando? O... ¿mando a distancia?

Álex tragó saliva y declinó contestar.

Fue hacia Mario y le preguntó en cuánto tiempo tendría el informe. Este le contestó que las fotos se las podía mandar inmediatamente, pero que para el resto necesitaría casi todo el día.

Al despedirse de Mario, Álex sintió por primera vez una cierta afinidad con alguien del otro departamento de la comisaría, la científica. Mario tenía algo más, aunque aún no sabía qué era.

Al volver hacia la puerta pasó al lado del cadáver, que seguía allí, sentado como un espectador silencioso de su propia muerte y de los juegos de poder del cuerpo.

El cordel que juntaba sus labios no era la única anomalía de aquel cadáver ya endurecido: su frente mostraba una profanación, que podía haber sido un mensaje. La piel de la frente había sido incisa con un objeto punzante, como un bolígrafo en una hoja en blanco:

AP98

¿Qué podía significar aquello?

¿Un mensaje cifrado?

¿Una firma?

Álex lo miró por última vez, arrugando las cejas. Si era una firma, ¿quién era AP98? ¿Un seudónimo, o unas iniciales?

Aunque aún no lo entendieran, aquello era una pista, y sin duda los acercaría al asesino.

Karla y Álex pasaron entre los periodistas sin decir palabra. Entraron en el coche y fueron hacia la comisaría. A Karla le gustaba conducir y prefería hacerlo ella.

Álex miraba los rótulos de las tiendas a través de las ventanillas, mojadas por la insistente lluvia invernal.

La cuerda y la incisión ocupaban los pensamientos de Álex. Ese asesinato era muy parecido al anterior.

¿Se encontraban frente a una serie de asesinatos? Y, si así era, ¿cuántos más vendrían?

Se dirigieron a la cita con el subinspector, en la que analizarían los detalles y similitudes entre las dos muertes. Esperaban que aquella reunión arrojase algo de luz sobre ese caso, el primero tan complejo para Álex Cortés.

¿Te ha gustado? TE REGALO EL LIBRO

[Descubre “El Sastre del Diablo”, la primera entrega del inspector Alex Cortés.](#)

[DESCARGA AL LIBRO](#)

Un nuevo caso sacude la ciudad de Barcelona.

Todo empieza con un cadáver quemado en un túnel, en una noche de primavera.

Álex Cortés no tardará en darse cuenta de que ese es solo el primero de una larga cadena de asesinatos.

Todos los cadáveres presentan las mismas marcas en las muñecas, lesiones similares y el mismo *modus operandi*. Es la firma del nuevo asesino de Barcelona.

[IR AL LIBRO](#)

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este código:



Mi Podcast

LA COSA MEDITERRÁNEA

Un pódcast dirigido por los escritores independientes Pablo Poveda y Riccardo Braccaioli donde hablamos de libros, escritura, estilo de vida mediterráneo y mucho más.

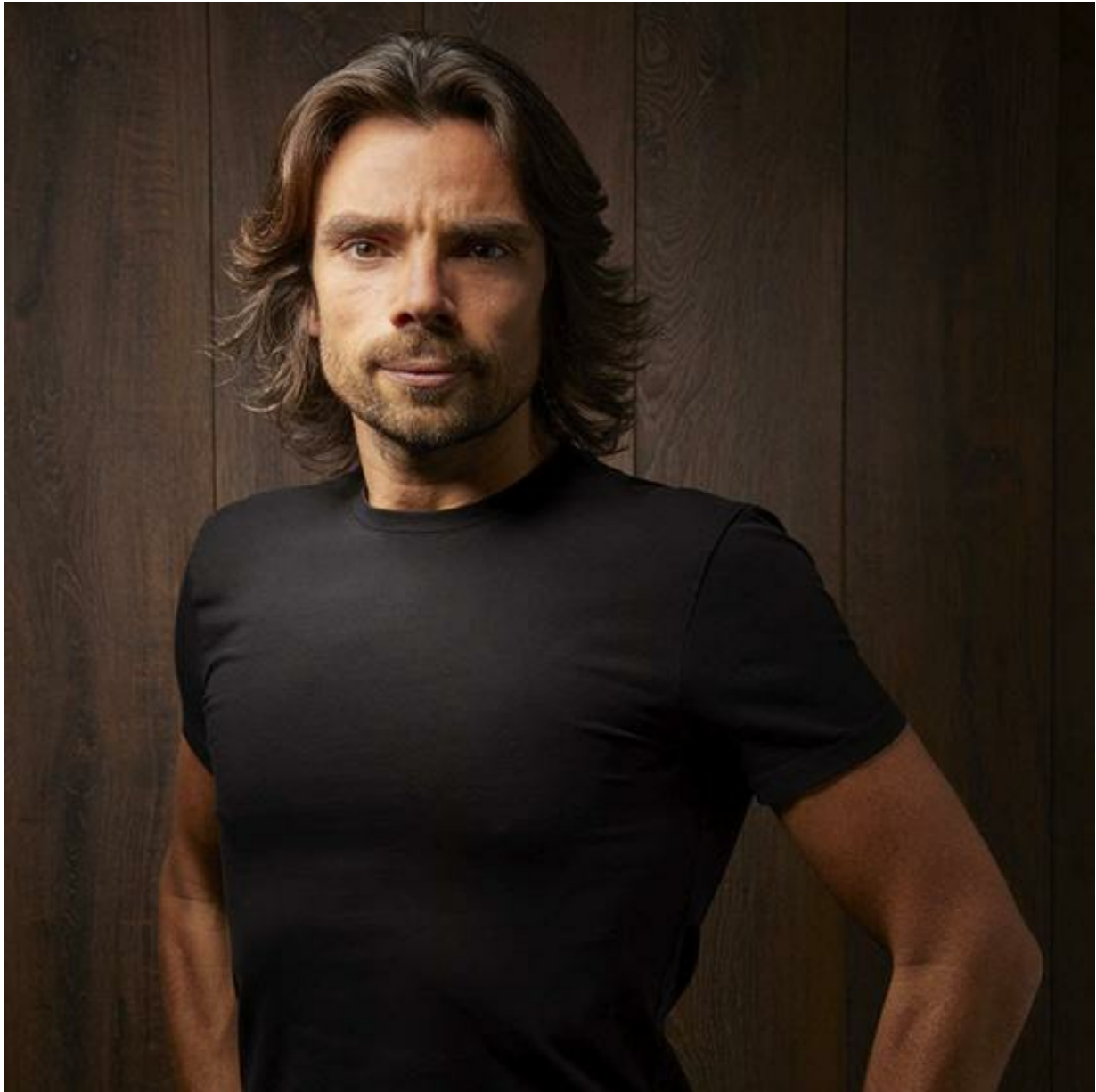
En esta página web, encontrarás todos los links a los episodios y a nuestros libros gratis.

[ENLACE AL PODCAST](#)



[ENLACE AL PODCAST](#)

SOBRE EL AUTOR



Riccardo Braccaioli (Italia, 1982) es escritor, conferenciante y emprendedor digital.

Ha escrito varios Best Sellers autobiográficos y de crecimiento personal como **DIARIO de una QUIEBRA, El PODER del FRACASO**, entre otros.

Con la **Serie Malatesta** y con la **Serie Álex Cortés** se ha consolidado como escritor de thriller policiaco.

En **junio de 2023**, crea una editorial propia con todos sus libros y un **proyecto literario global**: escribir una novela al mes y traducirla a las 7 lenguas de mayor venta en el planeta. Además de publicarlas en varias **plataformas digitales** las vende en **librerías**.

Este proyecto se llama **Escritor Tokenizado**.

Esta editorial ha sido creada gracias la tecnología Blockchain, que funciona como un notario digital, de modo que los lectores de sus novelas puedan **ser partícipes de su carrera profesional como escritor**.

Tienes más información en la web ESCRITOR TOKENIZADO. Puedes convertirte en SOCIO EDITOR y copropietario de esta novela.

Además, si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon. Para nosotros, los autores que nos autopublicamos, es sumamente importante tener reseñas en la plataforma. Estas mantienen vivas las novelas.

Entre su obra destaca:

Entre su obra destaca:

Serie inspector Álex Cortés

[El Sastre del Diablo \(Gratis en este link\)](#)

[El Hedor de la Verdad](#)

[Asesino a Bordo](#)

[El Diablo Nunca Duerme](#)

[Cuando Barcelona Perdió la Cordura](#)

[El Vampiro de Barcelona](#)

[El Último Criptograma](#)

[Un Cadáver en Llamas](#)

[El Secreto del Pantano](#)

[Vivo porche Mato](#)



Serie Bruno Malatesta

[La Muerte del Mentor \(Gratis en este link\)](#)

[Asesinato en el Rally Costa Brava](#)

[El Plan Mónaco](#)

[Los Secretos del Coleccionista](#)

[Malatesta Contra Malatesta](#)

[El Secuestro Ferrari](#)

[Festival de Muerte](#)

[Última Salida](#)



BIBLIOGRAFÍA

SERIE ÁLEX CORTÉS

0. EL SASTRE DEL DIABLO
1. EL HEDOR DE LA VERDAD
2. ASESINO A BORDO
3. EL DIABLO NUNCA DUERME
4. CUANDO BARCELONA PERDIÓ LA CORDURA
5. EL VAMPIRO DE BARCELONA
6. EL ÚLTIMO CRIPTOGRAMA
7. UN CADÁVER EN LLAMAS
8. EL SECRETO DEL PANTANO

SERIE GILDO FALCONE

1. MUERTE EN ROMA
2. MUERTE ENTRE VIÑEDOS

SERIE BRUNO MALATESTA

0. LA MUERTE DEL MENTOR
1. ASESINATO EN EL RALLY COSTA BRAVA
2. EL PLAN MÓNACO
3. LOS SECRETOS DEL COLECCIONISTA
4. MALATESTA VS MALATESTA
5. EL SECUESTRO FERRARI
6. FESTIVAL DE MUERTE
7. ÚLTIMA SALIDA

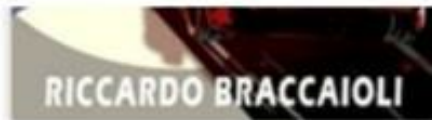
SERIE EL FORENSE

1. EL FORENSE
2. LOS MUERTOS TAMBIÉN
DISPARAN

kindleunlimited
amazon

JB
RICCARDO
BACCUSIOLI

Además, si seleccionas el botón “+ SEGUIR”, Amazon te enviará mis novedades cuando las publique:



Comprar por 2,99 €



[Ver las 2 imágenes](#)

Sigue al autor



Riccardo
Braccaioli

+ Seguir

¿Accidente O asesinato?

*Una perpetua enemistad entre dos pilotos
la inesperada traición convertirán una can*

Un acontecimiento dramático lo cambia
Malatesta, el famoso director deportivo de

✓ [Leer más](#)

Longitud de
impresión

1.

554 páginas

Idioma



Español

Los clientes que vieron este producto también vieron